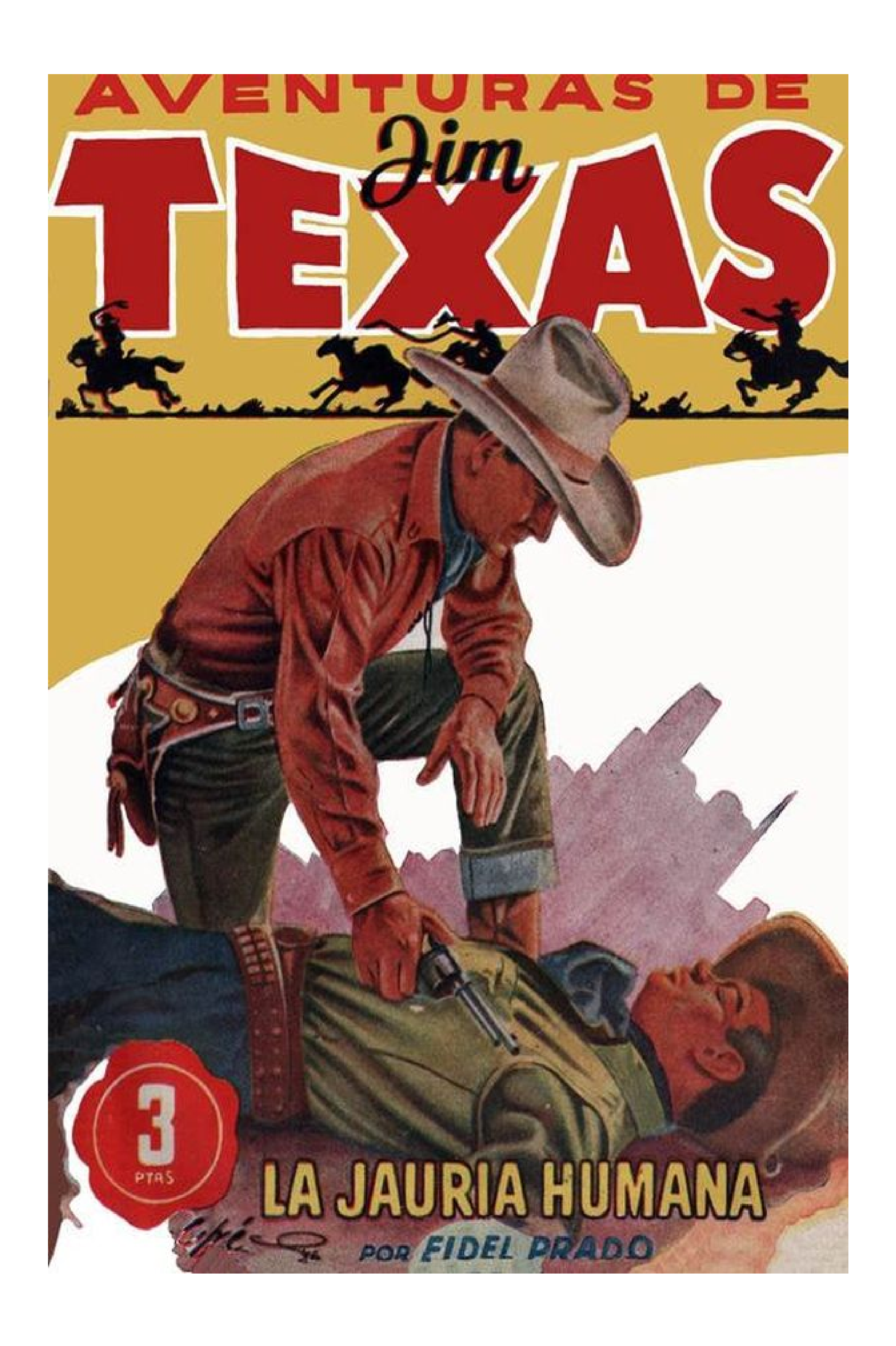
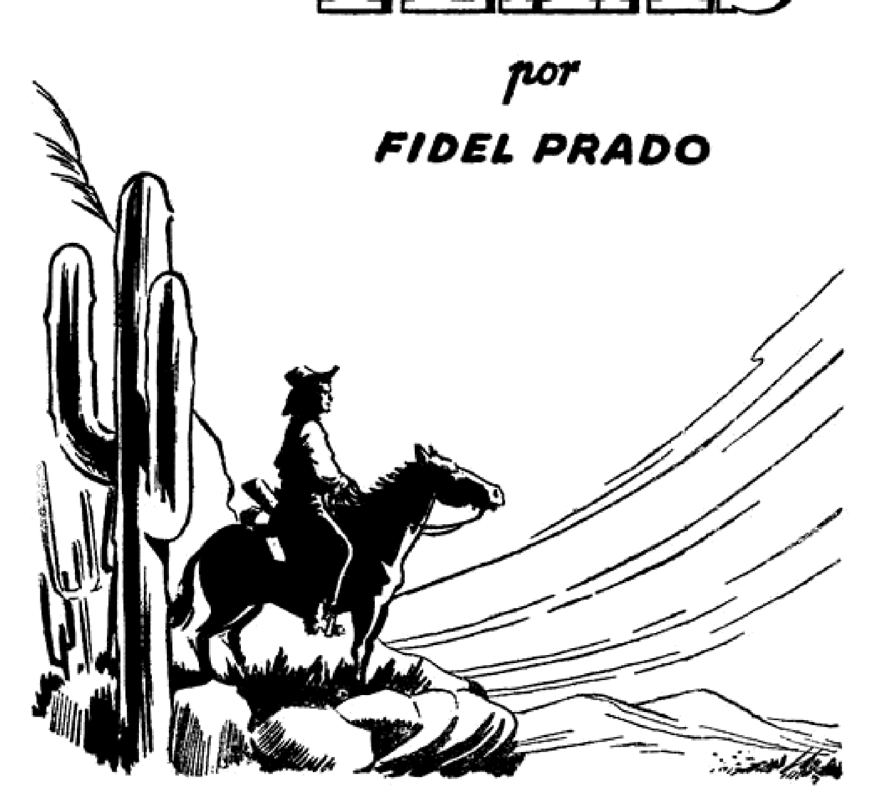

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
3
PTAS
LA JAURIA HUMANA
POR FIDEL PRADO

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


LA JAURIA
HUMANA
Por FIDEL PRADO

Capítulo Primero

Una fuga accidentada

TRAS el gravísimo riesgo corrido aquella siniestra noche en las catacumbas, donde se había reunido uno de los sectores de «Los Hijos del Diablo», la gasolinera, dejando atrás los acantilados, enfiló la bahía hacia el Oeste, conducida por la experta mano de Born.

Texas y Nino, de pie en la cubierta, con los revólveres empuñados, tenían sus ojos clavados en la orilla, donde más de doscientos fanáticos, impotentes al saberse así burlados, habían abierto fuego sobre la embarcación, sin otro resultado que clavar algunas balas en el costado de la gasolinera.

Cuando la distancia les ponía a cubierto de las balas. Texas enfundó el revólver, y Nino, rezongando, arrancóse el sayal, afirmando:

—¡Buena noche, manito, creo yo! Así da gusto, ¡repinto!... Nos hemos cargado más de dos docenas de sapos encapuchados o así.

—No ha sido mala redada, Nino; pero me hubiese alegrado más que nada de esto hubiese sucedido.

—¿Por qué, maldita sea Guadalajara?

—Porque mi interés era haber podido cazar a Zenker y haber

podido descubrir la personalidad de los otros seis mascarones que le acompañaban.

—¡Repuño! ¿No le has metido una onza de plomo en el pecho a ese reptil? ¿No tumbaste a otro de los sapos de la calavera?

—Sí pero no estoy seguro de haber eliminado a ese maldito granuja. Tengo la sensación de que no le di en un sitio vital. Ese condenado tiene siete vidas como los gatos.

—¡Bueno va, manito!… Ya se las arrancaremos todas de una vez cuando vuelva a ponerse a tiro. Ahora ya sabemos que es un sapo más con capucha.

—Sí, ahora no es él solo. No dará como antes la cara y luchará emboscado, echando a otros por delante. Preveo que desde ahora la lucha va a ser más dura y más difícil.

Born preguntó:

—¿Cuál es su idea ahora, capitán?

—Ganar la costa cuanto antes y buscar el modo de poder echar mano a esa jauría humana que hemos dejado ahí detrás, aunque supongo que se apresurarán a embarcar para ponerse a salvo. De todos modos, lo intentaremos.

Pero, alarmado por un zumbido sordo que parecía irse acercando, añadió:

—Si es que nos dejan, Born. ¿No oye usted?

—Sí; es un motor. Debe ser de algún barco que viene a nuestra zaga.

Sospecho que se trata de otra gasolinera más potente. El ruido crece. ¿Ha sacado usted todo el rendimiento a nuestro motor?

—Casi.

—Pues póngale al máximo y vire a la derecha; si el ruido sigue, es que vienen detrás de nosotros. Quizá tenían más de una embarcación y se han lanzado a nuestra captura… Para ellos es cuestión de vida o muerte que no atravesemos la bahía.

Nino, montando de nuevo el revólver, rezongó:

—Bueno va; también para nosotros es de vida o muerte cruzarla. Creo yo que habrá más tiritos o así. Esto se pone bueno, manito, ¡maldita sea Jalisco!

—Ya me lo dirás al final, Nino…, si es que puedes decírmelo. No luchamos ahora con bandas aisladas de forajidos, sino con una organización terrible y poderosa.

—Bueno va; pero hasta que no me haya crecido un ramito de hierba sobre la barriga no me parecerán tan fieros.

Born, cumpliendo la orden de Texas, había puesto el motor al máximo de velocidad, virando hacia la derecha, en busca del lugar más próximo de la costa. La noche estaba bastante obscura y no se podía observar a gran distancia lo que sucedía a su espalda.

La gasolinera no llevaba luces de posición, pero la que al parecer les perseguía tampoco había cumplido tan elemental deber de seguridad.

—¿Cree usted que nos persiguen? Preguntó Born.

—Lo aseguraría. Ninguna embarcación se aventuraría por la bahía sin luces de reglamento. Les interesa no darse a ver.

—Se exponen a chocar contra cualquier otro barco.

—Quizá, pero las luces de cualquiera les apartaría de su ruta. El interés es en que no les descubramos. Con luces podríamos fijar el blanco sobre ellos.

—Tiene usted razón. Escuche.

La motora, después de virar, se había alejado a toda marcha hacia la derecha, y por un momento pareció alejarse de la ruta de la nave misteriosa, pero a los pocos minutos volvieron a captar de nuevo con más brío el zumbido de su motor.

—Bien, ya no hay duda —afirmó Texas—. Tendremos que hacer funcionar la artillería de nuevo.

—¡Eso me parece bien, repinto! Esta noche estoy más alegre que si hubiese cogido una borrachera de pulque —aseguró el mejicano, esforzándose en distinguir la motora enemiga para empezar a disparar sobre ella.

Texas le ordenó furiosamente:

—Hazme el favor de no hacer el apache y tumbarte sobre cubierta. Si abren fuego inesperadamente, te van a convertir la barriga en una damajuana y se te va a salir todo lo que tienes dentro por los agujeros.

El mejicano se tumbó a popa, esforzándose por atalayar las tinieblas, pero aún no se había acercado tanto el enemigo como para poder abrir fuego contra él.

Texas advirtió:

—No dispares hasta no tener seguridad de que nos persiguen esos, sapos. Pudiera ser la policía costera, y tendríamos un disgusto

serio.

—La policía no navega a todo motor sin luces, manito…

—Por si acaso.

Durante un buen rato navegaron sin pronunciar palabra, atentos a los ruidos que se desarrollaban en derredor y al tráfico de la bahía.

Algunos barcos ascendían de mar adentro con las luces de posición encendidas. Un trasatlántico que iba a Nueva York apareció, espléndidamente iluminado. Las luces, a través de las portas, parecían ojos encandilados, y se captaba el ritmo suave de una música a bordo.

La gasolinera de Texas pasó a menos de cuarenta yardas por el costado del navío, y una sirena vibró lastimosamente, como quejándose de la imprudencia de los que navegan suicidamente sin luces.

A poco de dejar atrás el trasatlántico, el zumbido de la misteriosa embarcación se dejó oír más cerca, y Texas rechinó los dientes.

—¿Tratarán de abordarnos por la espalda? —rezongó—. Sería una locura, pero los creo capaces de intentarlo con tal de suprimirnos.

—Bueno —dijo Born—; por si es esa su idea, vamos a jugar un poco al gato y el ratón. Cuide del motor, que voy a darles qué hacer.

Tomó el timón y se dedicó a una extraña maniobra. Tan pronto seguía recto, como iniciaba virajes violentos, o parecía intentar volver sobre su ruta, y esta maniobra desconcertaba a sus perseguidores, que nunca podían ponerse sobre la estela de sus perseguidos.

Pero, tenaces, trataban de no separarse de ellos, y Texas observaba que el tiempo transcurría rápidamente y que el día iba a romper muy pronto, sin haber alcanzado la costa.

Rabioso, exclamó:

—Estoy cansado de esta broma, Born. Voy a enfilar la costa rectamente, y que suceda lo que tenga que suceder. Todo esto puede ser una doble maniobra, primero para hacemos perder tiempo y ganarlo ellos alejándose de aquel maldito lugar, en el yate, antes de ser capturados; y, segundo, buscar la forma de abordarnos

de día o poder disparar contra nosotros sobre seguro. Esa gasolinera es más grande y potente que la nuestra, y a la luz del día gozará de ventaja sobre nosotros.

—Tiene usted razón. ¡Adelante!

Sin vacilación de ninguna especie enderezaron el rumbo, y la pequeña embarcación, saltando como un pez sobre el agua, enfiló rectamente la costa.

Poco más tarde sus perseguidores debieron sospechar el propósito, porque el zumbido de su motor varió de dirección, y ahora se le observaba a su derecha, adelantándose a ellos.

Al darse cuenta, Texas lanzó un bramido.

—¡Nos están cortando el paso! —Gruñó—. ¿No lo observa usted? Se han adelantado a nosotros, y en cualquier momento pueden intentar atacarnos por un costado.

—¿Qué hacemos?

—Corte la marcha. Veamos qué hacen ellos.

Born hizo bajar la presión y la gasolinera siguió navegando plácidamente.

La maniobra desconcertó a sus enemigos quizá en el momento que habían calculado lanzarse sobre ellos, porque, a poco, una sombra alargada y veloz cruzó por delante a menos de veinte yardas.

Texas, rabioso, disparó sobre ella, gritando:

—¡Fuego, Nino!

El mejicano, que estaba deseando darle gusto al dedo, obedeció con rapidez inusitada, y los seis tiros de su cargador, unidos a los seis de Texas, barrieron la cubierta de la nave contraría.

De ésta se elevaron rugidos de dolor, y de modo inmediato más de dos docenas de balas fueron dirigidas contra la pequeña motora, pero la previsión de Texas les salvó, pues los proyectiles no les alcanzaron.

—¡Maldita sea Sonora!… —rezongó Nino—. Lo menos hemos abierto respiraderos en los sayales a tres o cuatro sapos de esos. ¡Adelante, manito!

Volvieron a cargar y a disparar, pero la nave había pasado raudamente, poniéndose fuera de tiro.

Pero no por eso habían renunciado a deshacerse de tan peligrosos enemigos. Estaban obstinados en no dejarles ganar la

costa, y harían todo lo posible para evitarlo.

Ya no podían guardar el incógnito; habían sido descubiertas sus intenciones, y la lucha se había declarado tenaz y mortífera.

La gasolinera, grande y poderosa, era superior a la que tripulaban Texas y sus compañeros, y, bien dirigida, constituiría un peligro para ellos.

El alba estaba próxima a romper, y cuando el día clarease les sería fácil maniobrar a su gusto para abordarles impunemente.

Texas, comprendiéndolo así, rugió.

—Esos malditos no nos dejarán ya dé la mano. Born, hay que hacer cuanto sea factible para acercarnos a la costa.

—No debe estar muy lejos —declaró Born—; pero aún no hay forma de distinguirla. ¿Cuál es su idea?

—Ganarla, si podemos, y si no… Estar lo más próximos a ella por si nos hallamos frente a lugar desde donde nos puedan ver y auxiliarnos. En último extremo, si naufragamos, que contemos con la eventualidad de poder llegar a nado en caso de salir ilesos del choque.

—Mal está el asunto, pero lucharemos hasta donde nuestras fuerzas nos lo permitan.

Forzando el motor y tratando de sortear las peligrosas pasadas de la otra embarcación, que seguía maniobrando para cortarles el paso, ganaron algún terreno, hasta que Nino, que vigilaba con el revólver en su tensa mano, advirtió:

—Escucha, manito: allí veo una luz fija.

Texas se quedó envarado observando la luz, hasta que se convenció de que no pertenecía a ningún navío.

—Parece una casa aislada en la costa. No habrá más de media milla de distancia.

—No —aseguró Born—, y esto les hará maniobrar con más rapidez. El momento culminante se acerca.

Entonces Texas, tomando una resolución heroica, ordenó:

—Nino, tú eres un buen nadador, aunque pesas mucho. El mar está bastante bueno y el oleaje se mueve hacia allá… ¿Crees que podrías nadar hasta la costa?

—Bueno va, manito. Si hace falta, nadaría hasta el infierno.

—¿Es usted buen nadador, Born?

—He ganado algunos campeonatos universitarios.

—Entonces, creo tener la solución. Nino, cuando pase por delante esa maldita gasolinera, y antes de que vuelva a virar, te vas a lanzar al agua y a nadar hacia aquella luz. Cuando llegues a la costa, ocúltate donde puedas y nos esperas. Esa luz será como un faro para nosotros.

—¿Y si no nos encontráramos?

—En ese caso, dirígete cómo te sea posible a Norfolk y te hospedas en el «Hotel Washington». Si tardamos más de tres días en llegar, ponte en comunicación con Snock y dile lo que ha sucedido. Que te proteja, y te diriges al rancho.

—Pero, manito… tú…

—¡Silencio, ya pasa! ¡Rápido!…

Nino, angustiado, no quiso discutir más, y apenas sintió alejarse el motor se lanzó al agua.

—Ahora usted, Born —ordenó Texas.

—¿Y usted? —preguntó Born.

—Yo, el último. Cuando se hayan alejado ustedes lo suficiente y quede tranquilo de que no les han descubierto, intentaré evadirme; pero antes voy a ver si puedo poner la proa de la gasolinera de manera que provoque un choque con ellos. Sería de un efecto desastroso para sus planes y les dejaría desorientados sobre nuestra suerte.

—Un poco difícil y peligroso es eso.

—Ya lo sé; pero no podemos luchar cara a cara. Los minutos están contados.

Born, sin protestar, estrechó la mano de Texas, diciendo:

—Es usted un valiente entre los valientes. Espero que nos encontremos en la costa o en Norfolk. Hasta la vista.

Se lanzó al mar suavemente, y la obscuridad se lo tragó a los pocos segundos.

Texas dirigió la nave en sentido contrario, alejándose del lugar donde sus amigos debían estar nadando, y cuando creyó que se encontraban lejos dejó el motor funcionando a toda velocidad, y, tomando una cuerda, se dirigió al timón.

Con el oído atento escuchaba el zumbido de la nave contraria y calculaba su ruta. Por dos veces había pasado peligrosamente por delante, y ahora, al subir, volvería a hacerlo, con la esperanza de encontrarles en su trayectoria.

Cuarteó un poco el timón, lo ató y se lanzó al agua, nadando en sentido que le dejase detrás de la motora cuando ésta pasase de nuevo.

Por fin la sintió rezongar roncamente, y hasta distinguió como cruzaba rectamente a cincuenta yardas de él.

Dominando el arte de la natación, braceó rítmicamente para no cansarse, ganando cuanto más terreno pudo. Temía que la gasolinera pudiese virar nuevamente y cogerle dentro de su ruta.

Pero no sucedió así. Texas se alejó, y la gasolinera misteriosa, debido al cuarteamiento de ruta de la de ellos, pasó de largo.

El alba empezaba a clarear. Débilmente un tenue resplandor lechoso daba relieve al negro oleaje, y la costa adquiría contornos difuminados. Texas la distinguía ahora con la suficiente claridad para darse cuenta de la distancia que le separaba de ella.

Temeroso de poder ser descubierto, estiró el cuello y echó un vistazo atrás. Quería darse cuenta de la posición exacta de las embarcaciones para atemperar su avance a ellas.

Intrigado, descubrió cómo su gasolinera con el rumbo fijo enfilaba hacia la costa de un modo sesgado, y cómo la embarcación contraria, forzando la marcha, la seguía, tratando de alcanzarla.

A la suave luz del amanecer vibraron varias descargas dirigidas contra la nave. Los perseguidores debían sospechar que aún se encontraban a bordo y trataban de evitar que alcanzasen la costa, pero nadie les contestó. Esto pareció desconcertarles, y en un avance más rápido lograron ponerse al costado de la nave, descubriendo que se hallaba vacía.

Texas lo calculó así al captar el rumor de sus rugidos de rabia. Luego, la embarcación perseguidora se apartó de la otra, aminorando la marcha. Sin duda se iban a decidir a explorar el mar para descubrirles.

Texas, aumentando sus esfuerzos, fue ganando terreno…

Su gasolinera se había alejado de él y rauda e inevitablemente se dirigía contra la escollera.

Aún le faltaban cincuenta metros para alcanzar tierra, cuando vibró sordamente una explosión. La pequeña nave, al chocar contra los cantiles, había explotado, y por un momento la hoguera de sus entrañas reventadas iluminó en rojo las verdosas aguas, hasta que lentamente se fue apagando.

Texas buscó con la mirada la otra motora y la descubrió a doscientos metros. Había frenado su marcha y viraba, alejándose de tierra.

Pero, súbitamente, de su cubierta se elevaron varios cohetes de diversos colores y con intervalos de medio minuto. Sin duda, era un aviso que alguien debía recoger.

Texas, calado y fatigado, consiguió aferrarse a unos peñascales bajos y salir a tierra, donde quedó sentado, sin ánimos para levantarse.

Distraído, volvió la cabeza hacia la izquierda, y lejos, en un lugar que no era fácil localizar desde donde se encontraba, habían surgido como contestación varios cohetes de idéntico color, pero cambiados de orden.

Jim sonrió humorísticamente. «Los Hijos del Diablo» lo tenían todo muy bien montado. Alguien abandonaba su presa por imposible, pero lanzaba la voz de alarma y confiaba a otros el cuidado de seguir su pista y suprimirles.

Cierto que la suerte les había acompañado al parecer, contribuyendo a su salvación momentánea, pero no era menos cierto que se trataba únicamente de un paréntesis abierto en la lucha. Ésta continuaría dura y eficaz, y nadie sabía cuál sería su terminación.

Capítulo II

Cuando el peligro acecha

TEXAS, comprendiendo que no podía perder un minuto si quería aprovechar aquella pobre ventaja; se levantó chorreando, y, sin preocuparse de ello, buscó la luz salvadora que le había guiado hasta allí.

El sol empezaba a surgir como una rosa de oro por la comba del mar, lanzando sus rayos hacia la costa, y, aunque escrutó todo el frente, no descubrió la luz. Sin duda el reflejo del sol la mataba, o había sido apagada al nacer el día.

Esto le desorientaba. Ahora no sabía si se encontraba cerca del lugar donde debían haber tomado tierra sus compañeros, o si se hallaba a larga distancia de ellos. No creía que les hubiese sucedido ningún contratiempo, pero el hecho de no estar próximos le obligaría a perder un tiempo precioso, que necesitaba para alejarse de aquel sitio cuanto antes.

Se hallaba en un lugar de la costa que no permitía fiarse de nadie. Toda aquella parte había sido esclavicionista durante la guerra, y el sedimento de rencor por la derrota aún subsistía en sus moradores.

Tendría que valerse de sus pobres medios propios para alcanzar

algún lugar desde donde partir para el Norte, y hacerlo antes de que, debido a las señales, se organizase la persecución.

La jauría humana pondría en movimiento todos sus tentáculos, y debía moverse con cien ojos para burlarlos.

Avanzó por un declive arenoso hacia el interior, y conforme iba ganando terreno observaba que éste dejaba de ser arenoso para convertirse en tierra de siembra.

Cruzó un extenso prado en el que no se veía a nadie, y al alcanzar el declive descubrió abajo, en una hondonada, una pequeña granja.

Algunos hombres cargaban un enorme carretón de gavillas, que alcanzaban una altura inverosímil.

Al fondo de la hondonada se marcaba una trillada senda que indicaba la salida. Por allí debía marchar el carretón y, dando una vuelta en medio círculo, ganar el camino general, que iba hacia el Norte, o virar hacia el Sur.

Texas estudió su situación. No se atrevía a bajar a la granja en aquel estado. Si su gente era adicta al «Ku-Klux-Klan», entraría en sospechas, y carecía de armas con que defenderse, pues el revólver y las cápsulas estaban húmedas.

Se corrió hacia la izquierda. Unos montones de heno se erguían al borde de la hondonada. Cuando iba a rebasarlas, alguien pronunció ahogadamente su nombre. Texas giró rápidamente el cuerpo, dispuesto a la defensa, y de repente rompió a reír. Por entre el heno asomaba, cubierto de briznas, la simpática figura de Born.

—¡Diablo! ¿Cómo usted ahí emboscado?

—Era peligroso permanecer en los cantiles. No pude encontrar a Nino, y, temiendo ser descubierto, decidí esconderme aquí. Me he despojado de la ropa y no se está mal entre el heno. Espero que seque mis vestidos.

Texas, después de un momento de duda, exclamó:

—Ha tenido usted buena idea. Voy a imitarle.

Se introdujo en el boquete y, despojándose de su ropa, recibió el contacto cálido, aunque áspero, del heno.

Ya a cubierto de miradas indiscretas, relató a Born todos los incidentes de la voladura de la gasolinera y los cohetes luminosos que se habían cruzado.

—Esos sapos, como dice Nino —afirmó Born—, están

organizados estupendamente. Creo que nos vamos a ver muy apurados para escapar de aquí.

—Quizá. Lo que me inquieta es Nino. Si estuviese a nuestro lado, no me preocuparía. Cuando se sequen nuestras cápsulas y podamos hacer uso de los revólveres, me consideraré más seguro.

—Y yo. Ya he limpiado el revólver con la paja, pero no puedo secar los proyectiles.

Texas siguió el ejemplo de su compañero y limpió el revólver con esmero. Allí, en aquel hoyo, se estaba bien, y, de no acudir a registrar el heno, era difícil descubrirles.

—¿Qué cree usted que debemos hacer? —preguntó Born.

—Esperar a que se haga de noche. Quizá podamos descubrir a Nino, si no se ha ahogado, cosa que no creo.

—¿Dónde diablos se habrá podido meter? Yo registré los cantiles arriba y abajo, y no descubrí huellas.

—Dios lo sabe. Nino es inocente e ingenuo, pero posee una intuición formidable. A lo mejor ha hecho lo que nosotros no hubiésemos sido capaces de hacer.

—Lo que vamos a pasar es un hambre atroz —dijo Born—. Con el baño, se me ha abierto un apetito de mil demonios.

—Y a mí; pero tendremos que aguantarlo. Quizá a la noche encontremos la forma de llevar algo a la boca.

Las horas transcurrieron monótonas. Aprovecharon el tiempo para dormir por turno, y cuando el sol se batía en derrota decidieron abandonar su refugio.

Sus ropas estaban ya secas, y al menos podrían moverse con desahogo y sin llamar la atención.

Se disponían a emprender la marcha, cuando Born le tiró de la manga de la chaqueta, murmurando:

—¡Cuidado! Se acerca alguien.

Aunque no estaban muy seguros de que sus revólveres funcionasen con eficacia, los empuñaron, esperando tensos. Se percibían pasos cercanos, y por fin apareció ante ellos la silueta de un labriego, gordo como un tocino, ancho de hombros y de enormes pies, que caminaba detrás de un pollino cargado con unas cántaras.

El labriego vestía un pantalón que se le ajustaba demasiado a las poderosas piernas, una chaqueta ceñidísima y un amplio sombrero de fieltro muy usado, cuya ala le caía sobre los ojos, ocultándoselos.

Llevaba una vara en la mano y suavemente azotaba los flancos del pollino para que caminase.

Texas se quedó contemplándole, y, de pronto, murmuró:

—¡Peste! Esos andares… y esa silueta…

Sacó el cuerpo por entre la paja, y llamó:

—¡Nino!…

El labriego dio un respingo y, llevando la mano rápidamente al bolsillo, empuñó un revólver, apuntando a la paja, pero se detuvo, exclamando:

—¡Manito! ¡Maldita sea Sonora!… ¿De dónde diablos surges, que pareces una panocha?

—¿Y tú? ¿En qué bazar de Wáshington te has mercado ese bonito traje? No te quejarás de él, que te está bastante holgado.

—¡No me hables, maldita sea Jalisco! Estoy que no puedo menear un remo metido en esta piel de toro.

—Pero ¿dónde diablos te has procurado ese atuendo y ese pollino?

—Pues, verás, manito. Alcancé los cantiles y me escondí en una cueva de cangrejos, malditos sean los condenados, que me molieron a picotazos o así. Desde allí escondido, vi prenderse la gasolinera, pero no pude ver más, porque aún el mar estaba muy obscuro. Luego, esperé a ver si os sentía cerca, pero no oí nada y tuve que estarme quietecito, porque vi a la otra gasolinera seguir a lo largo de la costa, buscándonos. He pasado lo mío en aquel asqueroso cubil, ¡maldita sea Guadalajara! Un pulpo se empeñó en desayunar conmigo, y tuve que luchar con él hasta volverle la capucha como a esos malditos «Hijos del Diablo», hasta que a media tarde, más pasado por agua que un par de huevos metidos en una tina, decidí salir. Estaba calado y no sabía dónde ir.

»De repente, vi por una senda a un labriego con este pollino y este traje, y como no estaba para perder tiempo, le salí a la senda, le acogoté y le quité la ropa; pero ¡maldito sea todo Méjico!, esto es más estrecho que un tubo y estoy negro con él, creo yo. Al labriego le dejé atado debajo de unas jaras y me decidí a salir al camino. Confiaba en que así no me conocería nadie y podría buscaros con más comodidad.

Born reía, admirando la astucia del mejicano, y éste preguntó:

—Y tú, manito, ¿qué hacías ahí como una panoja?

Texas le contó su odisea y su decisión de salir a intentar algo.

—No olvides que nos buscarán, manito. Vi los cohetes y me figuro que eran un aviso.

—Eso creo yo —afirmó Jim—; pero algo hay que hacer.

Born insinuó:

—Si pudiéramos hacernos con un disfraz como el de Nino…

Texas tuvo una inspiración.

—Espere; he visto antes algo, y voy a mirar de nuevo, a ver si mi idea es factible. Vigilen bien.

Se separó de ellos y volvió a asomarse por el borde de la hondonada. Abajo, una carreta cargada de gavillas avanzaba lentamente por el tortuoso sendero que conducía al camino general.

Gozoso regresó junto a sus amigos, diciendo:

—Tengo una idea. Escucha, Nino; tú eres el que mejor la puedes ejecutar. Da la vuelta, y dentro de poco surgirá en el sendero una carreta cargada de gavillas. Si puedes deshacerte del conductor sin llamar la atención, en ese caso abandonamos el burro; uno guía la carreta en puesto del conductor, y los otros se esconden entre las gavillas. De esta forma podemos iniciar una ruta que nos lleve a algún poblado, en el que tomar el tren y desaparecer de aquí.

—¡Bueno va, manito! —exclamó, gozoso, Nino—. Ahora mismo o así me voy en busca del pringao que la conduce y le meto doblado dentro de una gavilla para que no nos moleste. Seguidme hasta donde sea posible, y del resto me encargo yo.

Abandonaron las ñaras y, bordeando el sendero por el que corría un espeso seto, dieron una vuelta para alcanzar el camino general. Nino, guiando el burro, iba por el centro de la polvorienta senda, mientras sus dos compañeros se deslizaban por detrás del seto.

De súbito, al frente se distinguió la carreta que avanzaba lentamente, tirada por una pareja de recios caballos. El conductor, sentado en el alto pescante, guiaba los caballos canturreando una canción.

Nino, al verle, introdujo disimuladamente el cuchillo por entre la barriga del pollino y la cincha que guardaba en equilibrio las aguaderas y la cortó. El adminículo perdió la estabilidad y se inclinó de costado, cayendo a tierra con el contenido.

Nino empezó a maldecir y a fingir que pretendía arreglar el desperfecto, hasta que la carreta se cruzó con él. Entonces,

volviéndose al conductor, preguntó:

—Oiga, amigo: ¿no tendría algún trozo de cuerda para arreglar esta maldita cincha? Se ha roto y no puedo seguir.

El conductor detuvo los caballos, se apeó y buscó debajo del asiento un trozo de cuerda, pero cuando se acercaba a Nino para entregársela, éste, que había medido bien la distancia, alargó el brazo, pero en lugar de tomar la cuerda, lo aplicó con el puño cerrado en el mentón del carretero.

Éste no tuvo tiempo a prever lo sucedido. Cuando se quiso enterar, yacía como un pelele entre el polvo de la senda.

Texas y Born, que habían permanecido escondidos tras el seto durante la maniobra, saltaron a la senda, y Born, admirado, comentó:

—¡Vaya unos puños de hierro, mi amigo! Si hubiese sido un elefante, lo mismo le tumba usted.

—¡Psh!… Este pobre pelao es un alambre. Apenas si me enteré que le he tocado la cara.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Born—. Hay que hacerle desaparecer, como igualmente al pollino. Cuanto más tarden en descubrir la verdad, más tiempo tendremos para huir.

Texas, después de echar un vistazo al caído, ordenó:

—Born, arrástrele, de momento, detrás del seto, quítese esa ropa y póngasela. Le estará bastante bien, y quiero que sea usted quien conduzca la carreta. Parecerá más un labriego de estos contornos, que Nino con ese maldito lenguaje mejicano que le denuncia a una legua.

Born obedeció y arrastró al caído. Mientras, Texas y Nino deliberaron lo que debían hacer con el burro.

—Podemos tirarle al mar —apuntó Nino.

—No; no nos conviene acercarnos más a la costa, por si nos descubren. El pobre animal no ha hecho nada para que le condenemos a muerte.

—Pues…, mira, le trabamos y le escondemos detrás del seto. Tardarán en descubrirle.

Así lo acordaron, y cuando Born aparecía disfrazado con las ropas del labriego, el pollino ya había sido trabado.

Maniataron fuertemente al conductor, colocándole una mordaza para que no pudiese gritar al volver en sí, y, dejando el burro atado

cerca de él, se dirigieron a la carreta.

Born daba la sensación de un verdadero labriego y nadie podría sospechar de él a simple vista.

Había dejado abandonada su ropa detrás del seto, conservando el revólver y las cápsulas, así como su documentación personal.

Texas y Nino se apresuraron a ascender a lo alto del carro, y, acondicionando las gavillas convenientemente, se fabricaron una especie de hoyo que les ocultaba a cualquier registro superficial.

En previsión de contingencias desagradables, se habían procurado una especie de aspilleras entre las gavillas, a través de las que podían distinguir el camino a espaldas del carretón, y, en caso necesario, hacer fuego desde allí.

Born preguntó:

—¿Hacia dónde nos dirigimos? Estoy desorientado y no sé en qué lugar del planeta hemos desembarcado.

—Camine hacia el Sur —ordenó audazmente Texas—. Lo más seguro es que nos crean intentando seguir hacia el Norte para alcanzar Wáshington, y no sospecharán tanto si bajamos hacia el golfo. Cuando lo estimemos pertinente, podemos cambiar de rumbo.

Nino, que se sentía atormentado por un hambre atroz, suplicó:

—Y en la primera posada que encuentre, deténgase a cenar y guárdese con disimulo los manjares suficientes para llenar nuestros estómagos: de lo contrario, creo yo que llegará el carretón vacío, porque nos habremos comido las gavillas.

Born fustigó los caballos y el vehículo continuó su marcha hacia el Sur. Todo se había desarrollado con tal rapidez, que apenas si habían perdido cinco minutos en el trasiego.

Born, apartándose de la costa, buscó el sendero que se internaba tierra adentro. Creía que, cuanto más al interior, estarían más seguros y se aproximarían más a las líneas férreas, que eran las que les interesaban.

Habrían caminado una milla, cuando, avanzando en sentido contrario, distinguió un grupo de jinetes y se apresuró a dar la voz de alarma a sus compañeros.

—¡Cuidado! —dijo—. Ocho jinetes a la vista.

—Bien —contestó Texas—. Usted verá cómo les sortea si le detienen. Si ve la cosa apurada, dispare sin preguntar más, que ya le secundaremos.

Born, tranquilo, canturreando una tonada popular, siguió al paso lento de los caballos, hasta que fue alcanzado por el grupo.

Uno de los jinetes se detuvo frente al carro, preguntando:

—¡Eh, amigo! ¿De dónde viene?

—Pues… de una granja de ahí arriba. Cosa de milla y media.

—¿De Pucoson?

La pregunta hizo sospechar a Born el lugar exacto donde se encontraba, y replicó con seguridad:

—Sí, ahora voy a Morrison y de ahí a la orilla del James a cargar porotos que habrán llegado del golfo. ¿Querían algo?

—Sí. ¿Ha visto usted a algún forastero por aquella parte?

—¿Forasteros? Que yo sepa, no. Solamente me he cruzado con tres labriegos que conducían un pollino. Parecían ir camino de Derling.

—¿Tres? ¿Qué señas tenían?

—Pues, aunque no me fijé mucho en ellos, uno era gordo y grande; otro, alto y fuente, y el tercero, más alto y más, delgado.

El que preguntaba se quedó dudando, y por fin insistió:

—¿Hace mucho tiempo?

—Pues, una hora y media.

—Gracias.

Se volvió hacia sus compañeros, diciendo:

—¡Al galope! Tenemos que alcanzarlos. Las señas son sospechosas, y no sé por qué creo que son los que andamos buscando.

Sin añadir más, se lanzaron a todo galope por la senda, y Born reanudó el rodaje de su carreta.

Cuando se habían perdido de vista, Texas apareció por lo alto de la carreta, diciendo:

—Es usted un estuche, Born. ¿Cómo diablos ha adivinado usted dónde estamos?

—En cuanto me dio el nombre del pueblo que hemos dejado a la espalda, reconocí el lugar. Estuve aquí antes de la guerra y conozco esto bien. Ahora, pasadas unas millas, llegaremos a la desembocadura del James, y, una de dos: o cruzamos si queremos seguir hacia Carolina, o seguimos río arriba, bien, bordeándole, bien en algún vapor, hasta Petesburg. Allí podemos tomar el tren hasta Richmond o para Carolina.

—Bien, sigamos. Lo principal es que nos dejen llegar el río. Les ha lanzado usted sobre una pista que les hará perder algunas horas. ¡Si este maldito trasto rodase más aprisa!…

—Tendremos que hacer alto en alguna posada del camino. Llamaría la atención vernos rodar de noche.

—Bien; no necesita usted andadores. Haga lo que estime más conveniente.

La noche amenazaba con echarse encima, y Born trataba de recordar aquellos lugares, no visitados hacía algunos años, para orientarse y elegir para pernoctar el sitio más conveniente.

De no haber necesitado acercarse a lugares donde les facilitasen algo con que saciar el hambre, se hubiese Internado a campo traviesa, en el que seguramente se hallarían más seguros.

Pero el hambre mandaba, y fustigó con rabia los caballos, deseando alcanzar alguna posada del camino.

Eran más de las once de la noche, cuando, próximo a Morrison, descubrió un parador situado en la carretera, antes de entrar en el poblado. A la puerta había parados algunos pollinos y caballos cargados con aguaderas y dos carretones de grano y saquería.

Born detuvo su vehículo en el esquinazo de la posada y, apeándose, penetró en la gran sala que servía de taberna y comedor.

—¿Quiere prepararme una abundante cena? —preguntó—. Traigo un hambre feroz.

—No se preocupe; aquí hay de todo y abundante —contestó el posadero—. Siéntese.

—Mire, prepáreme lo que sea, que me lo voy a comer en la carreta. Tengo un par de caballerías muy espantadizas y ya me han dado varios sustos por dejarlas solas. Prefiero no perderlas de vista.

—Pues vaya, que ahora se lo llevará el mozo.



Born regresó a la carreta y dio cuenta a sus amigos de lo que había dispuesto. Poco después, el mozo aparecía portando carne asada, grandes trozos de carne guisada con manteca, porotos, pan en abundancia y una gran jarra de cerveza.

Born repartió todo entre los tres, y, aunque no les dejó satisfechos del todo, no podían pedir más sin llamar la atención del posadero.

Cuando hubieron devorado hasta la última migaja, Born insinuó:

—Creo que debíamos pernoctar aquí. No nos hemos separado mucho de la granja, y Dios sabe si podrán echar de menos el carretón o no, pero es lo más prudente. Si me dan un buen lugar para encerrar, vigilaremos por turno y podremos dormir algo. Yo ya no me tengo de pies.

—Bien, arregle usted eso, Born. No somos de bronce.

Born abonó el gasto de la cena y pidió cobijo para el carretón. El posadero le señaló una cuadra donde podía guardarlo.

No le parecía mal y la aceptó, encerrando el carretón. Luego, como en ella no había más vehículos, cerró la puerta, y Texas y

Nino pudieron saltar de la paja.

—Estoy tronchado de estar aquí —comentó Texas—; he tragado polvo y briznas para necesitar una manga cargada de petróleo que me limpie.

—¿Y yo?… —Gruñó Nino—. Cada vez que abro la boca, escupo paja.

Inspeccionando la cuadra, observaron que tenía una puerta que daba a una corraliza, y, levantando la tranca, salieron al pequeño vano.

Aunque no tenía salida, la cerca era de pequeña altura, y en el vano había almacenada gran cantidad de cajones y barriles. En caso de peligro, podían saltarla y salir al campo por la parte trasera.

Satisfechos de la inspección, Texas dio orden a sus dos compañeros que se tumbasen en la paja a dormir, en tanto que él montaba el primer turno de la guardia.

Capítulo III

Una emboscada frustrada

ENTRETANTO, el grupo de jinetes, a todo galope, se había encaminado con dirección a la granja. Era camino obligado siguiendo la senda, y no tenían más remedio que cruzar por el sendero que los tres aventureros habían dejado atrás para llegar al poblado.

El que parecía dirigir el grupo se volvió hacia uno de los jinetes, diciéndole:

—Escucha, Pitt, ¿qué sospechas tú?

—No sé… Parece que esos tipos tienen las mismas señas que los que buscamos, pero… dice que eran labriegos que conducían un burro…, y los que buscamos ni son labriegos ni saben nada de burros.

—Ya he pensado en ello, pero es chocante que no hayan sido vistos por aquí. Según el jefe, han desembarcado por esta parte de la costa y tienen que andar escondidos por ella. Alcanzaremos a esos tres tipos, a ver qué dicen. A lo mejor han atracado alguna granja y se han apropiado de ropa para disfrazarse.

—¡Por Judas, creo que tiene usted razón! Adelante, a ver si logramos alcanzarlos antes que sea noche cerrada.

Siguieron galopando hasta alcanzar el lugar donde Texas y sus amigos habían detenido la carreta, y cuando seguían por la senda algo les obligó a frenar la marcha.

—¿Qué es eso? —preguntó Pitt.

—Un pollino. ¿No será el de esos tipos…?

—Veamos…

Se apearon, acercándose al burro. Éste permanecía con las patas trabadas, pero, sin duda a saltos, o Dios sabía cómo, había logrado traspasar el seto, saliendo de nuevo a la senda.

A Pitt le extrañó el caso, y gruñó:

—No me explico esto. No pueden haberle dejado trabado y abandonado en el camino. Quien sea el dueño, no debe andar lejos.

—Registrad los alrededores —ordenó el jefe—. Quizá descubramos algo.

Registraban el seto aprovechando la débil claridad reinante, cuando uno de los jinetes afinó el oído, diciendo:

—¿No oís? Parece que se queja alguien por aquel lado.

—¡Cuidado! Preparad el revólver, que no sea un lazo.

Con infinitas precauciones se acercaron al lugar donde había sido captado el quejido, y por fin descubrieron entre la maleza un cuerpo maniatado y amordazado que pugnaba por desasirse de sus férreas ligaduras.

Con un cuchillo le libraron de ellas, y cuando el infeliz se vio libre pudo dar cuenta de sus cuitas de una manera incoherente, pues sentía en la cabeza y en la mandíbula unos dolores terribles.

—Me pidió una cuerda un tipo gordo que conducía el burro. Se le había roto la cincha y quise ayudarle. De repente, me administró un terrible puñetazo que me dejó sin sentido, y ya no sé más. Hace una hora volví en sí y me encontré maniatado y amordazado.

El infeliz aparecía en paños menores, y el jefe preguntó:

—¿Y su ropa?

—No sé. Han debido quitármela.

—¿Dice usted que era un tipo gordinflón?

—Sí, y apostaría que era mejicano.

El jefe de la patrulla se quedó dudando. Aquello no rimaba con lo que acababa de dejar atrás, y replicó:

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—Explíqueme cómo era su ropa.

El conductor dio la relación, y el jefe gruñó:

—Bueno, creo que nos han engañado como a chinos. Esa ropa era la misma que llevaba el tipo aquel que conducía el carretón. No podía ser por menos, pues un hombre gordo no hubiese podido ajustarse prendas tan estrechas.

—Bueno; pero ¿y el gordo? —preguntó Pitt, lógicamente—. Nosotros no vimos a nadie más que al que conducía.

El jefe se dio una palmada en la frente, diciendo:

—¡Ahora caigo! Los otros debían ir escondidos entre las gavillas para disimular.

—¡Maldición! ¡Pues es cierto!… —clamó Pitt—. ¿Qué hacemos, jefe?

—¿Y lo preguntas? Volver grupas y tratar de alcanzar a esos pájaros. Son listos cómo demonios. Nos habían lanzado detrás de una pista falsa, que sin este incidente nos hubiese hecho perder muchas horas. Seguramente que viajan tranquilos creyéndose seguros. ¡Adelante! Tenemos que apresarlos cuanto antes. Es orden terminante de nuestros jefes.

Abandonaron al conductor para que éste se las valiese por sí sólo, y a todo galope volvieron a desandar el camino, confiando en alcanzar la pesada carreta.

Era bien mediada la noche cuando llegaron a la entrada de Morrison. La posada aún estaba abierta y el posadero se disponía a retirarse a descansar.

Al distinguir el grupo de jinetes esperó, y cuando los sudorosos y cansados caballos se detuvieron a la puerta, preguntó: 1

—¿Desean los viajeros descansar aquí? Sus cabalgaduras parecen muy cansadas y les convendría.

El jefe, antes de contestar, sacó del bolsillo un disco redondo que parecía una moneda, y, después de tirarlo en alto y volverlo a recoger, se lo enseñó al posadero, preguntando:

—¿Tiene usted cambió?

—Creo que sí —dijo el aludido, sacando del bolsillo de su chaleco un disco igual y mostrándoselo.

—Bien. Me alegro conocerlo, hermano. Necesito de sus informes.

—Pregunte lo que sea.

—¿Ha pasado por aquí un carretón cargado de gavillas, que era

conducido por un individuo alto y moreno?

—Ha pasado y se ha detenido aquí. El conductor ha cenado como un elefante, y carro y conductor están en la cuadra.

Los ojos del jefe fulguraron de alegría al oírle.

—¿Se ha fijado usted si viene solo?

—Yo no vi a nadie más.

—¿Cuál es la cuadra?

—Esa del esquinazo. Ahí ha metido la carreta y se ha quedado dentro.

—Bien; aunque no lo crea, no viene solo. Trae escondidos entre las gavillas a otros dos tipos. Hay orden terminante de buscarles por todo el Sur y localizarles cueste lo que cueste.

—Pues ahí los tiene. ¿Necesita más ayuda?

—Creo que no; traigo ocho hombres.

—Y yo, nueve. Creo que seremos bastantes, aunque ellos sean tres. Espere, que tomo mi revólver.

Mientras el posadero buscaba el arma, el jefe de la cuadrilla habló con sus hombres. Éstos desmontaron y, llevando los caballos al extremo contrario de la posada, los ocultaron detrás del ángulo norte del edificio, para evitar que en el posible fragor de la lucha recibiesen algún disparo.

Los sectarios habían dejado en las sillas los rifles y se habían armado de revólver. Para pelear a corta distancia era la mejor clase de armas.

Cuando el posadero se unió a ellos, el jefe preguntó:

—¿Cómo podremos penetrar, si han cerrado por dentro?

—Déjeme. Llamaré y les diré que tengo que encerrar unos caballos en la cuadra. No pueden negarse, pues no la han alquilado sólo para ellos.

Se corrió al otro extremo del edificio y se detuvo ante la puerta de la cuadra. Ésta era un gran barracón adosado al verdadero edificio que servía de alojamiento a los viajeros.

El posadero, con el revólver oculto en su mano derecha, empujó suavemente la tosca puerta de madera tratando de abrir, pero pronto comprobó que estaba cerrada por dentro.

Inició un gesto de contrariedad, y, decidiéndose, llamó dando varios golpes.

No obtuvo respuesta alguna, y volvió a insistir, gritando:

—¡Eh, amigo, el de la cuadra! Haga el favor de abrir. Tengo aquí unos caballos que necesitan albergue.

El silencio siguió imperando, y, rabioso, aporreó con energía la puerta, amenazando con echarla abajo.

Como siguieran callando a la intimidación, el posadero miró al jefe de los caballistas, y éste, rabioso, le hizo una seña.

—Es inútil… —dijo—. Han debido darse cuenta del objeto de la llamada, y estarán dispuestos a defenderse. Hay que entrar. ¿No tiene más puertas?

—No; no hay más que ésta.

El jefe hizo un gesto de contrariedad, y, llamando a su ayudante, ordenó:

—Pitt, por ahí veo unos enormes pedruscos. Tomad uno entre tres o cuatro y lanzaos con él contra la puerta para hacer saltar la tranca. No creo que sea difícil lograrlo con un buen porrazo. En cuanto observéis que cede, arrojaos al suelo, pues es fácil que os saluden a tiros. Nosotros, desde aquí enfrente, les contestaremos barriendo la entrada.

Cuatro hombres levantaron un peñasco enorme y con él entre las manos se adelantaron cerca de la puerta. Luego, a una orden de Pitt, de un soberano impulso se arrojaron sobre la puerta, estrellando el peñasco contra ella.

Un enorme crujido de maderas les advirtió que la tranca se había desgarrado, y la puerta se entreabrió, mientras los sectarios se arrojaban a tierra y requerían sus armas, esperando oír el estampido de los revólveres desde el interior.

Pero nadie les atacó y todos se quedaron mirándose con asombro, sin creer en lo que estaba sucediendo.

El jefe, preocupado y temiendo una emboscada, se adelantó para empujar la puerta, retirándose a un lado.

El vano de entrada quedó libre, sin que nadie tratase de defenderlo.

Aquello era algo insólito, que no acertaba a comprender, y, llamando al posadero, ordenó:

—Traiga un farol. Ahí dentro no se ve ni la palma de la mano.

El aludido tomó uno de los faroles que pendían de la pared de la posada y se acercó con él. Le temblaba la mano, pues se estaba temiendo algo desagradable.

El jefe, realizando un acto de valor, se adelantó con el farol hasta la puerta, gritando:

—Salgan; es inútil que traten de esconderse, pues somos muchos hombres. Si disparan, prometo que lo primero que haré será cortar las orejas a todos.

Luego, rabioso, gritó:

—¡Adelante! Buscadme a esos sapos que se esconden como mujerzuelas. ¡Rápidos!

Los sectarios, ante la orden, se lanzaron en tromba al interior, alumbrados por su jefe, y corno lobos se arrojaron sobre las gavillas, registrándolas inútilmente.

Los odiados perseguidos no aparecían por parte alguna, y el jefe, iracundo, con el farol en la mano, registró la cuadra, que no se prestaba a ocultar a nadie.

Al descubrir la puerta de la corraliza se lanzó rápido hacia ella, encontrándola también deserta. Los perseguidos se habían evaporado como el humo.

Pero al reparar en lo bajo de la tapia y en los cajones y barriles amontonados junto a ella, adivinó que les habían servido para saltar fuera, y rugió:

—¡Pronto, por aquí! Han debido saltar la tapia.

Dio el ejemplo subiendo a un barril y saltando al exterior, siendo seguido por todos sus secuaces.

Nada distinguieron a la pálida luz de las estrellas. El campo se dilataba durante un buen espacio de terreno, y luego un gran conglomerado de árboles impedía ver lo que sucedía más allá.

Cada vez más rabioso, el jefe exclamó:

—Se han escapado. No deben andar muy lejos. A caballo. Hay que localizarlos como sea.

Dieron la vuelta al edificio, y por el lado contrario alcanzaron el ángulo de la posada tras el que habían quedado los caballos a medio trabar. Al acercarse a ellos, Pitt lanzó un rugido de ira.

—¡Faltan tres caballos, jefe!

—¿Cómo? —clamó éste.

Pronto comprobó que era cierto. Los fugitivos habían descubierto las monturas al huir, y, mientras ellos estaban distraídos echando abajo la puerta, habían aprovechado el tiempo para apropiarse de las monturas.

Pero, su ira alcanzó el paroxismo cuando Pitt, barboteando, gritó:

—¡Los rifles! ¡Se han llevado todos los rifles!

Aquel descubrimiento era el «inri» de la burla. No sólo les habían robado tres caballos, sino que les dejaban medio desarmados, pues a distancia no se podía disparar con la misma eficacia a base de revólveres que de rifles.

La situación era tan trágicamente grotesca, que el jefe, apoyando su mano en el pomo de la silla de uno de los caballos, ordenó:

—¡A caballo, como sea! Hay que alcanzarlos.

Todos saltaron a compás sobre las sillas, pero apenas intentaron inclinarse para tomar las bridas de sus monturas, como grotescas marionetas se inclinaron de costado, cayendo al suelo con los aparejos.

Un grito de indignación brotó de sus gargantas al descubrir que las cinchas que sujetaban las sillas habían sido cortadas limpiamente con un cuchillo.

El jefe estaba frenético. Arrojaba espuma por la boca y maldecía de una forma impresionante.

El posadero, angustioso, se acercó.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó.

El jefe se revolvió contra él, bramando:

—¡Tú tienes la culpa por estúpido! Si cuando pregunté si había alguna otra salida me hubieses advertido lo de la corraliza y la cerca, no hubiese sucedido esto. Y has de saber que el asunto es tan serio, que el que fracase está sentenciado a muerte por los jefes superiores.

Y fríamente, antes de que el posadero se pudiese dar cuenta de lo que significaba la trágica amenaza, el sectario disparó sobre él, clavándole una bala en el corazón.

El posadero lanzó un rugido sordo y cayó de bruces, mientras el jefe, fuera de sí, ordenaba:

—Registrad toda la posada, a ver si encontráis algún caballo fresco o aparejos completos. Hay que encontrar a esos sapos cueste lo que cueste, o nuestras cabezas no están seguras sobre nuestros hombros.

Y, rabiosos, se diseminaron por el interior de la posada en busca de lo preciso para iniciar la persecución.

Las sospechas del jefe de los sectarios eran ciertas. Su plan de captura, que le había parecido tan fácil y sencillo, había fracasado rotundamente, porque Texas era un hombre demasiado listo y vivido para dejarse cazar impunemente.

El bravo aventurero, al montar la guardia, había pensado en muchas cosas, y una de ellas fue la posibilidad de que su hazaña fuese descubierta antes de tiempo y la cuadrilla de sectarios tuviese ocasión de volver sobre sus pasos antes de que ellos se pusieran a salvo, sorprendiéndoles en el camino.

Así, atento a todo ruido exterior, con el ojo aplicado a las junturas de los tablones que formaban la puerta, captó el ruido de los cascos de los caballos, y cuando éstos cruzaron ante la puerta los reconoció al momento.

Comprendiendo que si preguntaban por la carreta el posadero les indicaría que estaba allí encerrada, se apresuró a despertar a sus compañeros, diciéndoles:

—¡Arriba! El peligro ha llegado antes que esperábamos. Ahí fuera está la cuadrilla de caballistas que pasó hace unas horas.

—Bueno —dijo Nino—; si no son más que esos ocho pulpos con capucha, los saludaremos con plomo.

—No les saludaremos con nada —objetó Texas—. Yo no he probado mi revólver y no sé si los proyectiles están en condiciones. Sería estúpido dejarse matar por un albur de la suerte.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? ¿Dejarnos cazar?

—No digas tonterías. Vamos a la corraliza.

Cuando salieron, Texas se asomó con prudencia a la parte trasera de la tapia, y, al descubrir que no habían montado una guardia para evitar su fuga, exclamó:

—Vigilen la puerta por si fuerzan la entrada. Voy a echar un vistazo ahí fuera, a ver qué posibilidades de fuga se nos presentan.

Se deslizó por la fachada hasta alcanzar el ángulo, y, asomando la cabeza, descubrió los caballos trabados en la parte lateral, sin que nadie les vigilase.

A todo correr regresó a la corraliza, ordenando:

—¡Pronto, salten! Las cosas se nos ponen a pedir de boca.

Seguido de sus dos compañeros, se deslizó hasta donde se encontraban los caballos. Se observaba que habían caminado, mucho y estaban muy cansados, pero no había opción.

—Nino, tú éste, que es más resistente; usted, Born, aquél, y yo éste… Un momento; saquen los rifles de las sillas y busquen los cartuchos, que estarán en las bolsas. Con estas armas nos defenderemos con seguridad.

Mientras sus compañeros obedecían, tomó el cuchillo de Nino y cortó las cinchas de las sillas, diciendo:

—Que hagan un poco de ejercicio de circo cuando intenten perseguirnos. Esto les alegrará y les hará reír mucho.

Dejó las sillas bien colocadas, y, montando a caballo, se alejaron al paso para no producir ruido. Hasta ellos llegaban los golpes que los bandidos daban con la piedra sobre la puerta.

Cuando se hubieron alejado de manera prudente, Texas dio orden de emprender el trote hacia la zona arbolada. Allí sería difícil descubrirles, y, para buscar sus huellas, necesitarían esperar a que amaneciese.

Capítulo IV

Un «sheriff» demasiado meticulosa

LOS tres aventureros, muy satisfechos de su hazaña, se internaron por un terreno tupido de arbolado, por el que caminaban casi a ciegas a causa de la obscuridad, pero, fiándose del instinto de los caballos, dejaron que éstos eligiesen la ruta.

Pasada más de una hora, Texas advirtió:

—Debemos buscar un lugar resguardado donde poder pasar el resto de la noche. Los caballos están agotados y nosotros tenemos que dormir algo para reponer fuerzas.

—¿No estaremos demasiado cerca aún, manito? —preguntó Nino.

—Es igual. De noche, por este terreno, no pueden localizar nuestras huellas, por muy hábiles rastreadores que sean; sus caballos están también muy cansados, y, además, tienen que preocuparse de arreglar sus aparejos. No pueden montar a pelo. Estas horas de noche nos serán muy convenientes, y mañana, si se obstinan en seguirnos, sabremos darles la respuesta. Ahora tenemos armas que sabemos que no van a fallar.

Ante estos razonamientos, registraron el paisaje hasta descubrir una gran barranca que les permitiría ocultar los caballos y ocultarse

ellos y, amontonando agujas de pino, improvisaron unos lechos aprovechando las mantas que encontraron enrolladas en las sillas de los caballos.

Sin montar vigilancia alguna, pues se consideraban seguros, se tumbaron, después de trabar las monturas, y minutos después dormían como lirones.

Era bastante tarde cuando despertaron. El sol se hallaba alto, pero había tardado en alcanzar su refugio, y esto les hizo dormir más de lo previsto.

Texas, al darse cuenta, masculló:

—Creo que hemos perdido un par de horas que nuestros enemigos habrán aprovechado para ponerse a la busca. Hay que largarse de aquí cuanto antes.

El mejicano, muy mohíno, repuso:

—Bueno va, manito, pero me sabe muy mal irme sin que alguien me sirva el desayuno. Lo poco que cené anoche se ha evaporado como el humo.

—Busca, a ver si encuentras algo comestible.

Nino, obstinado, rebuscó hasta descubrir unos zarzales salvajes. Las moras estaban algo resecas, pero cumplían su misión de entretener el estómago, y los tres comieron de ellas hasta sentirse más aliviados.

Después de beber agua en un regato, montaron a caballo y siguieron adelante.

Los caballos habían descansado y caminaban animosos, y Texas no sentía preocupación alguna de saberse perseguido por aquel pequeño grupo de sectarios.

—Si no son más que esos —decía—, estaba por esperar a ver si descubrían nuestras huellas y eliminarles. Camino más a gusto sin hormigas a la espalda.

—Pues creo yo que debíamos esperarles —aseguró Nino—. Sería la única forma de calentarnos un poco las manos disparando estos 48'40 de fuego central. Me da el corazón que deben convertirle en harina o así a un individuo a ochenta yardas, si le metes un proyectil entre los agujeros de la capucha.

—Ya tendrás ocasión de probarlos, no te apures. Por desgracia, vamos a encontrar más plomo en el camino que platos de porotos.

Y luego, desorientado, comentó:

—¡Que me lleve el diablo sí sé dónde estamos ni dónde vamos a parar!

Born replicó:

—Llevamos una ruta un poco rara. Si torcemos a la izquierda, podemos seguir directos hacia la costa. El último pueblo cerca del río es Fortross. Si lo alcanzamos, no nos será difícil encontrar algún vapor de los que suben río arriba hasta Richmond. De no ser así, si entramos en el estuario, podemos alcanzar Portsmouth, o, torciendo a la derecha, Norfolk.

—Me gustaría más el primero. Desde allí es fácil internarse en Carolina. Aunque demos una gran vuelta, prefiero hacer el viaje más seguro.

—Pues cuando salgamos de este laberinto de árboles torceremos a la izquierda. Quizá nos sigan buscando en el interior o hacia el Norte, y no sospechen que nos alejamos del lugar que nos interesa, en lugar de acercarnos a él.

Continuaron caminando a un trote sosegado, para no cansar al ganado, por si más tarde se veían obligados a hacerlo galopar, y dos horas más tarde el macizo arbóreo empezó a clarear sensiblemente.

—Se termina el bosque —advirtió Born—. Ahora saldremos a terreno descubierto.

En efecto, poco después los árboles se iban haciendo menos frecuentes, hasta que se encontraron en un terreno casi llano.

El sol picaba con rabia y la sed empezaba a atormentarles.

Nino, señalando un terreno quebrado que se ofrecía a un cuarto de milla, advirtió:

—Allí debe haber agua. Debemos beber antes.

Se encaminaron a las quebradas buscando un regato, hasta descubrirle, y cuando habían saciado su sed y se disponían a abandonarlo, Born, que se había adelantado y trepaba por el terreno para echar un vistazo, se dejó caer a tierra rápidamente, avisando:

—¡Cuidado! Acabo de descubrir un grupo de jinetes que han desembocado del bosque.

—¡Formidable! —comentó Texas—. Si son esos sapos, no hemos podido elegir mejor lugar para darles la bienvenida.

Dejaron los caballos ocultos tras los desmontes, y, tumbados en el borde de un alto, atisbaron el llano.

Los caballistas habían aminorado el trote y parecían examinar el piso. Texas no tardó en advertir:

—No cabe duda que son ellos. Debemos reconocer que no son malos rastreadores.

—Y vienen los ocho, ¡maldita sea su figura! Han debido encontrar caballos de repuesto.

—¡Mejor! Así no dejaremos enemigos a la espalda.

Con los rifles preparados, esperaron. Los jinetes parecían consultarse, hasta que uno, extendiendo el brazo, señaló las cortadas.

—Creo que se van a decidir a visitarnos —aseguró Texas—. No sospecharán que nos hemos detenido y creerán que estamos buscando refugio por estos lugares.

—Bueno va —comentó Nino—; así la sorpresa va a ser muy agradable… Escucha, manito: déjame a aquel pringao del caballo pinto. Me está levantando dolor de cabeza con tanto mover los brazos. Parece un molino de aire o así, ¡maldita sea toda su figura!

—Bueno —depuso Texas—; yo saludaré a aquel de la izquierda que monta un caballo negro.

—Pues yo me encargo del que gallea sobre aquel ruano —dijo Born—. Cuando usted diga, disparamos.

—Dejemos que se acerquen más; así nos dará tiempo a repetir los disparos.

Sin alterarse dejaron que el grupo se acercase a cincuenta yardas. Entonces Texas dio orden de disparar. Los tres disparos vibraron casi al unísono, rompiendo la calma que reinaba en el llano, y dos jinetes rodaron como arrancados de la silla, mientras el caballo pinto, alcanzado en el pecho daba unos botes terribles, amenazando con arrojar del lomo al jinete.

Nino masculló una maldición.

—¡Malditos sean todos los Estados de Méjico! He disparado demasiado bajo. Este maldito rifle me ha engañado.

Rabioso repitió, alcanzando al caballo de nuevo, mientras el jinete pugnaba por hacerle retroceder para ponerse fuera de tiro.

Texas y Born alcanzaron a otros dos caballistas, y como los demás iniciaran la retirada, Jim, furioso, ordenó:

—¡A caballo! ¡Hay que acabar con todos!

Los tres montaron, y, coronando el repecho, se dieron a ver

cuándo los cuatro supervivientes iniciaban la fuga. El que Nino no había acertado a abatir, montando en el caballo de uno de los caídos emprendió veloz huida, seguido de sus aterrados compañeros.

La caza se organizó sañudamente. Los fugitivos, asustados, se volvían sobre las monturas disparando al azar para evitar ser alcanzados, pero sus tiros imprecisos pasaban altos o lejanos, sin inquietar a Texas y a sus compañeros.

Pero ellos, en cambio, favorecidos por la posición podían disparar con más seguridad, y aunque algunos proyectiles se perdieron en el vacío, antes de que los árboles formasen una muralla protectora habían caído tres. Solamente el que perdió primeramente el caballo, y que parecía protegido por el mismo diablo, logró distanciarse y perderse entre la espesura, burlando aquella mortífera lluvia de balas.

Cuando Texas se convenció de que era tarea muy larga buscarle y perseguirle, gritó:

—¡Atrás! Creo que ya hemos hecho bastante. Estos sapos ya no pueden inquietarnos.

Retrocedieron, mientras Born comentaba:

—Ha sido una lástima que Nino fallase aquel primer tiro. Ahora podríamos estar tranquilos de que no podrían lanzar nueva gente tras de nosotros.

El mejicano, rabioso, rezongó:

—Debía estar borracho cuando disparé, ¡maldito sea mi retrato! En mi vida he fallado un tiro a esa distancia.

—Te estás haciendo viejo, Nino —comentó irónico, Texas—. Creo que ya no podré fiarme más de tu pulso.

—¡Y un cuerno que me raje la barriga! Es que este maldito rifle era nuevo para mí. Ahora ya le conozco el flaco y no me dará otra sorpresa, creo yo.

Volvieron a ganar el llano, y, a indicaciones de Born, torcieron hacia la izquierda para encaminarse más hacia la costa.

Cautamente iban evitando los lugares habitados. Al menos hasta que se alejasen prudentemente de aquel sitio, debían mostrarse precavidos.

El hambre les atormentaba, y Nino, para desquitarse de su fracaso con el rifle, mató dos conejos con el revólver, que funcionó

bien. Los dos conejos fueron asados en una hoguera y devorados con fruición.

Durante dos días caminaron por rutas exóticas, avanzando hacia el río. Nino, envanecido con su éxito como cazador, fue el encargado de suministrarles caza, y aunque se vieron obligados a comerla sin sal, se sintieron satisfechos de poder seguir su ruta sin incidente alguno.

Un atardecer; dieron vista a un poblado, y Born, señalándole, afirmó:

—Hemos llegado a Fortross. Al otro lado está el río. ¿Cuál es su plan, Texas?

—Creo que debemos arriesgarnos a llegar al río y ver la forma de cruzar el estuario. Al paso, convendría hacer una comida fuerte, e incluso precavernos comprando algo, por si nos hace falta. Yo me he quedado casi sin tabaco.

—Y yo. Quien no se arriesga, no cruza el estuario —comentó, sonriendo, Born.

De acuerdo, penetraron en el poblado, pero apenas habían iniciado la entrada en la calle principal, tres figuras que parecían apostadas para esperarles avanzaron hacia ellos.

Texas inició un gesto al descubrir que se trataba del *sheriff* y de dos ayudantes suyos. Los tres lucían la estrella de plata en la camisa.

—Si vienen contra nosotros, no hagan nada violento —ordenó Texas—. Déjenme que me entienda con ellos.

Sin dar a entender que se habían dado cuenta de la presencia de la autoridad, continuaron calle arriba, hasta que el *sheriff*, cruzándose en su camino, exclamó:

—Buenas tardes, forasteros.

—Buenas tardes, *sheriff*.

—¿Quieren decirme hacia dónde se encaminan?

—Si es muy necesario, se lo diremos, aunque no sé qué sea costumbre preguntar a la gente hacia dónde va sin que existan motivos justificados.

—Sí, claro; quizá sea porque yo me preocupo demasiado de la gente extraña que transita por aquí. Espero que no les cause molestia decirlo.

—No; vamos a Carolina. Esperamos colocarnos en el rancho

donde trabaja un primo nuestro.

—¿En qué lugar de Carolina?

Born se adelantó, diciendo:

—En Canden, cerca de la divisoria.

—¿Vienen de muy lejos?

—Sí. Hemos caminado bastantes millas. Un largo viaje a caballo es muy saludable.

—Sí, cuando los caballos son de propiedad de uno. ¿Podrían demostrarme que esos caballos les pertenecen?

Texas inició una rápida mueca. Se estaba dando cuenta de que el *sheriff* guardaba algo concreto que no quería soltar hasta estar seguro de no equivocarse.

—Claro que estamos seguros. De no ser así, sería tanto como acusarnos de cuatreros.

—Quizá. Tengo las señas de unos caballos robados que se parecen a esos. Sería muy conveniente que me demostrasen que son suyos.

—Tendría usted que hacer un viaje muy largo con nosotros para que se lo pudiésemos demostrar —repuso duramente Texas—; nadie viaja con una maleta llena de facturas pensando en que haya *sheriffs* tan escrupulosos que pretendan averiguar hasta si he pagado la camisa que llevo puesta.

—Quizá de eso tuviéramos que hablar también, señor —afirmó el *sheriff*—. Hay denuncias sobre caballos robados, trajes usurpados, armas/desaparecidas y… algo más.

Texas, rabioso, replicó:

—Sí, señor; y algo más que usted no se figura. ¿Quiere que hablemos en su oficina? Aquí se está reuniendo demasiado público, y no me gusta tratar mis asuntos al aire libre.

El *sheriff* sonrió, afirmando:

—Encantado. Precisamente les iba a rogar que me acompañasen.

—Pues vamos; tengo mucho que hacer y la noche se echa encima.

Custodiados por los dos ayudantes, que no les perdían de vista, se dirigieron a las oficinas. Una vez en ellas, uno de los ayudantes se quedó de vigilancia en la puerta, mientras el otro penetraba con el *sheriff* en su despacho.

Cuando estuvieron dentro, Texas advirtió:

—Señor, tengo que hablar con usted de algo secreto. Haga el favor de hacer que quedemos solos.

—Lo siento —dijo el *sheriff* fríamente—, pero no es prudente. Dígame lo que sea. Es mi ayudante.

—¿Usted reclama que sea así?

—Lo ordeno.

Texas, fuera de sí, rugió:

—Bien; cuando le exijan cuentas de las muchas tonterías que está cometiendo, usted se las compondrá como pueda. Mi testimonio le será funesto.

Y sacando del bolsillo su documentación secreta, la dejó sobre el tablero de la mesa, diciendo:

—Tome, lea, y si le parece, salga al exterior dando voces para que la conozca todo el mundo.

El *sheriff* tomó el escrito, examinando los sellos, y, después de leer, quedó desconcertado. Se adivinaba que le dominaba una horrible zozobra, pero que obraba al dictado de alguien que le tenía cohibido.

Por fin, balbució:

—Lo siento, capitán; esto está en regla, es cierto; le da a usted poderes especiales para mucho, pero no para vulnerar las leyes de la Nación. Está usted acusado, así como sus compañeros, de robo de una carreta, atraco a un labriego, despojo de su indumentaria, robo de caballos y rifles, y, por último, de la muerte de unos cuantos ciudadanos.

—Es cierto. ¿Qué clase de ciudadanos eran? ¿Lo ha averiguado usted?

—Posiblemente, pero la carreta robada no hacía daño a nadie; el conductor maltratado y despojado de su ropa, tampoco. Por muchos poderes que le hayan dado, usted no puede emplearlos contra las leyes. Cumpliré mi deber deteniéndoles y cursaré el atestado a quien le otorgó esa carta. Si aprueba personalmente sus latrocinios, yo nada tendré que reprocharme.

Texas comprendió que todo era una burda añagaza. En el momento en que se les pudiera despojar de toda defensa, serían apresados y el «Ku-Klux-Klan» daría buena cuenta de ellos.

Born y Nino, detrás de Texas, escuchaban el tirante diálogo como si no fuera nada con ellos, pero se hallaban pendientes de la

reacción del bravo aventurero y de la menor indicación que éste pudiera hacerles.

Texas, sonriendo, recogió el documento, diciendo:

—¿De verdad que usted cree que este documento no le pone a cubierto de cualquier pregunta?

—Tanto, que creo que no.

—En ese caso, ¿cuál es su decisión?

—Ya se la digo. Tenerles detenidos hasta…

—¿Hasta que «Los Hijos del Diablo» den buena cuenta de nosotros?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el *sheriff*, nervioso.

Texas, que había guiñado imperceptiblemente el ojo a Born, se adelantó, diciendo:

—Únicamente esto, mí querido *sheriff*. ¡Levante las manos! ¡Rápido!

En su mano había aparecido como por arte de magia el revólver, y, al oír, la intimidación, el ayudante había pretendido sacar el suyo, pero antes de bajar la mano tenía en el costado metido el cañón del «Colt» de Born.

El *sheriff*, pálido como un muerto, levantó los brazos, preguntando, rabioso:

—¿Se da usted cuenta de lo que está haciendo?

—Sí. Y usted ¿se da cuenta de lo que puedo hacer con usted, amparado en esta orden? Pues puedo suprimirle lindamente por colaborar con los enemigos de la ley y el orden.

—Yo… no… Yo… cumplo…

—Usted cumple los mandatos de esa repugnante secta. Podía meterle a usted cinco balas en la cabeza, pero no sé asesinar a la gente a sangre fría… ¡Nino!… Amárrame bien a este sapo.

Nino se acercó al *sheriff* y, antes de que nadie pudiese intervenir, le aplicó un soberano puñetazo en el mentón, diciendo:

—Bueno, esto es para que no se mueva durante la operación.

Y, sacando una cuerda que llevaba arrollada a la cintura, la cortó por la mitad y con ella ató pies y manos del *sheriff*.

Su ayudante, pálido, miraba a Nino con ojos espantados. Estaba ponderando el efecto que le iba a causar recibir una caricia parecida a la del *sheriff*.

—¿Ato también a éste? —preguntó el mejicano.

—Sí; pero no le duermas. Átale y tápale la boca nada más.



Nino, con pesar, obedeció, y, después de bien amarrado, arrancó una cortina, rasgó un trozo y le llenó la boca de trapos hasta casi desquiciarle las mandíbulas.

—Bueno va… —comentó—; cuando haya podido digerir ese pastel, me han salido a mí canas en las uñas.

Se habían desembarazado de aquellos dos estorbos, pero quedaba el otro ayudante que vigilaba fuera. Texas hizo que Nino quedase en la puerta, e indicó a Born:

—Hágale entrar. Dígale que le llama el *sheriff*.

Born obedeció y, asomándose a la puerta, llamó al ayudante. Éste, con la mano apoyada en la culata del revólver, penetró en el despacho, pero antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que sucedía, el puño de hierro del mejicano le había mandado a dormir por unas cuantas horas.

Nino buscó cuerda por toda la casa, hasta encontrar con qué amarrar al ayudante, y, cuando le dejó inutilizado, preguntó:

—¿Y ahora, manito?

—Escóndelos por ahí, por si viene alguien, que no les vea. Necesitamos tiempo para huir.

Nino obedeció, dejándoles en una corraliza ocultos entre leña y,

luego, acercándose a la mesa, escribió algo en un papel.

—¿Qué haces? —preguntó Texas, intrigado.

—Nada, manito. Escribo una nota a la familia. Luego te la enseñaré.

Born indicó:

—Esto ha quedado liquidado; pero ¿usted cree que no estarán por ahí fuera esperando el resultado de la entrevista?

—Acaso, pero tenemos que correr el albur. Quizá no haya nadie y sólo hayan cursado órdenes con nuestras señas; por eso nos esperaba y quería asegurarse antes de cometer una equivocación.

—Pues, adelante, pero no se confíe mucho.

Empuñaron las armas y salieron al exterior, pero nadie pareció fijarse en ellos. Nino se volvió y, con el papel en la mano, cerró cuidadosamente la puerta de la oficina y aplicó el papel sobre la hoja. Como antes lo había engomado, se quedó adherido a la madera.

Texas sonrió al leerlo. Era un aviso que decía:

CERRADO POR AUSENCIA

No hay oficinas hasta el lunes

Capítulo V

De emboscada en emboscada

CUANDO se alejaron calle arriba, Born sonrió. Se estaba dando cuenta de que era martes y que, por lo tanto, las oficinas quedaban cerradas seis días.

—Bueno comentó; —como no se le ocurra entrar a alguien, van a criar hierba en el estómago de tanto ayunar.

—Si fuera hierba «loco» de esa que envenena al ganado —comentó Nino—, les sentaría muy bien.

Siguieron adelante sin preguntar a nadie y con las manos aferradas a las armas, pero, al parecer, allí se había terminado el tropiezo, de momento.

Por fin alcanzaron el río. La noche se había echado encima, y las aguas, negras como el betún, rebrillaban con el tenue resplandor de los faroles colgados de las lanchas que hacían la travesía del estuario, o de los vaporcitos que subían y bajaban el río.

Texas se quedó reflexionando, y por fin dijo:

—No nos conviene cruzar con los caballos. Ya son conocidos y servirán para indicar una pista. Debemos deshacernos de ellos.

—¿Dejándoles abandonados en mitad de la calle?

—No. Vamos a hacer otra cosa. Ya no tenemos tanta prisa. Esos

sapos tardarán en despertar. Vamos a una posada, dejamos los caballos en la cuadra, cenamos bien y salimos a dar un paseo. Luego, tomamos un vaporcito de éstos y cruzamos a la otra orilla. Es más difícil retener en la memoria unos viajeros vulgares entre muchos, que unos que cruzan solos con los caballos.

—Eso de cenar antes es una idea estupenda —afirmó Nino—. Tengo ya el estómago que no puedo ni con el «Colt».

Retrocedieron hasta encontrar una posada cerca de los malecones, y, dejando los caballos, pidieron de cenar.

Esta vez se hartaron, desquitándose de las vigilias sufridas, y, cuando concluyeron, Texas ordenó a Born:

—Vea de sacar los rifles sin que le observen. Ésos no conviene dejarlos.

Born se trasladó a la cuadra y tomó los rifles, envolviéndoles en un trozo de manta, mientras Texas abonaba el gasto de la cena y el importe del hospedaje para los tres.

Sin ser molestados ni observados, salieron al obscuro paseo y, después de vigilar la orilla durante un rato, se decidieron.

Un pilluelo de unos catorce años se acercó a ellos, diciendo:

—Oigan: ¿necesitan vapor para cruzar? Ahí tienen uno muy bueno. Sólo se lo recomiendo a los que tienen cara de dar veinte centavos por el consejo.

—¿Yo tengo cara de eso? —preguntó Texas.

—¡Oh, claro!… Yo tengo buena vista. Es un buen vapor, señor. El más veloz de todos.

—Bueno, muchacho. ¿Qué cobran?

—Un dólar por cabeza, señor.

—Bien: guíanos a ese magnífico vapor.

El muchacho se adelantó, gritando:

—¡Eh, James, que le traigo clientes! ¡Despierte, maldito dormilón!

Un marino de río, grande como un elefante, se irguió del fondo del vaporcito, bostezando, y saltó a tierra.

—Bien está, gorrión del demonio. Ya podías haberme dejado dormir un rato más… ¡Bill, prepara el motor!

Otro barquero también de aspecto ciclópeo surgió entre las sombras y se dedicó a poner en marcha el motor, en tanto que el llamado James arrimaba más la lancha a tierra para que saltasen los

viajeros.

Texas saltó, seguido de Nino y Born, y James saltó el último.

Texas entregó al muchacho unas monedas, y la lancha se puso en movimiento, adentrándose en la negrura del agua.

La barca sólo poseía un farol, colgado a proa, para anunciar su paso por el estuario. El resto de la embarcación permanecía en una semipenumbra, en la que las figuras se difuminaban de un modo vago.

Texas se había sentado a proa sobre unas tablas que oficiaban de asiento, mientras Nino y Born, apoyados en el cable que circundaba el lanchón a modo de baranda, paseaban su mirada por el agua, siguiendo con interés el cabrilleo de los faroles de posición de los barcos que cruzaban de un lado a otro.

Poco a poco se fueron distanciando del resto de las embarcaciones que seguían la ruta. El muchacho tuvo razón al asegurar que la lancha era una de las más rápidas que cruzaban el estuario.

El llamado James cuidaba del timón a popa y se hallaba sentado a menos de un metro de Born y Nino.

Sin descuidar su labor, sacó la pipa y la atascó. Luego rebuscó por los bolsillos, y, no encontrando la yesca, se levantó, acercándose al mejicano.

—¿Me da un poco de lumbre? —preguntó.

Nino se volvió y metió la mano en el bolsillo para sacar el yesquero, y James, aprovechando el momento en que tenía la mano ocupada lejos del revólver, extendió su poderoso puño, lanzándole brutalmente contra el rostro del mejicano, con la intención de lanzarle de espaldas por la frágil borda. Nino pareció adivinar la intención de su enemigo, porque pudo ladear la cara, recibiendo el golpe de refilón en una oreja, que empezó a sangrarle violentamente, y hasta se dobló de espaldas, recostándose en la frágil pasarela sin perder el equilibrio, pero, aprovechando la posición, extendió su enorme pierna y, con la terrible bota que calzaba, aplicó a su enemigo tan formidable puntapié en el estómago, que, aquél se inclinó de bruces, lanzando un berrido impresionante, para llevarse las manos al estómago en una contracción terrible.

Nino, antes de que Born tuviera tiempo de intervenir en su

auxilio, aprovechó la postura para enderezarse y aplicar el puño de abajo arriba en el rostro del gigante marino. Éste, como un saco, se dobló hacia atrás, cayendo en cubierta privado de conocimiento.

Mientras, Texas había estado a punto de ser víctima del otro rufián. Éste, desde el motor, había lanzado su cuchillo contra él, tratando de clavárselo en el pecho, y si su mala suerte hizo que fracasase fue debido a que a Texas se le había escurrido de la mano la pipa en aquel momento y, al inclinarse para recogerla, el cuchillo pasó silbando como una víbora por encima de su cabeza.

Jim, de un salto fantástico, cayó sobre su agresor en el momento en que éste, al darse cuenta de su fallo, se ponía en pie con una terrible barra de hierro en la mano, dispuesto a caer sobre él antes de que tuviera tiempo a reponerse y echara mano al revólver.

Pero cuando iniciaba el movimiento para elevarla en el vacío, Jim cayó sobre él, abrazándole reciamente, y ambos rodaron por la frágil cubierta, imprimiendo un vaivén peligroso a la embarcación.

El enemigo que le había tocado en suerte a Texas, no era un pelele fláccido y endeble, sino un hombre muy rudo, con una fuerza descomunal y ambos, aferrados como lagartos, rodaban por cubierta tratando de echarse mano al cuello para decidir el combate.

En las vueltas, Texas tuvo la desgracia de chocar de cabeza contra la cabina del motor y el golpe fue tan violento, que por un momento se sintió mareado, aflojando la presión que tenazmente realizaba contra su enemigo y éste, aprovechando el momento de desfallecimiento, intentó echarle la llave fatal.

Pero en aquel instante, Born que se había dado cuenta del peligro que corría Texas, acudió en su ayuda y con la culata del revólver, aplicó tan feroz golpe al marinero, que éste, bramando de dolor, soltó su presa para llevarse de un modo mecánico las manos al lugar de la herida.

Texas se revolvió aferrándole el cuello y momentos después, con la ayuda de Nino que ya se había deshecho de su enemigo, era reducido a la impotencia.

El mejicano, bramando de rabia de dolor, pues la oreja le sangraba ferozmente, se aplicó el pañuelo gruñendo…

—¡Malditos sapos traicioneros!… Me tengo que comer crudas las orejas de uno de ellos como me llamo Nino Mendoza.

La lancha abandonada, se iba a la deriva y Texas rogó a Born

que se hiciese cargo del motor, mientras él atendía al timón, haciendo colocar a su lado al maniatado barquero.

Éste bramaba de dolor y de rabia y Texas fríamente, le advirtió:

—Tienes una posibilidad de conservar las orejas pegadas al cráneo. Habla.

—No tengo nada que decir —masculló su agresor.

—¿Estás seguro?

El otro no contestó y Texas haciendo un gesto, dijo:

—Tuyas son las orejas de este sapo, Nino. Puedes hacer lo que quieras con ellas.

El mejicano, ferozmente, asió una de las orejas del sectario y le aplicó el fino corte de su cuchillo. El rufián al sentir el frío del acero, bramó:

—¡No!… ¡No!… ¡Hablaré!

—Bien. ¿Quién te ordenó que nos agredieses?

—Quien tiene poder para mandar.

—No me dices nada con eso. Necesito datos.

—No los tengo. Recibí una orden por medio de un compañero y no sé de dónde procede directamente…

—¿Cómo sabíais que éramos precisamente nosotros los que debíamos ser atacados?

—Nos dieron vuestras señas y las de vuestra ropa. Nos indicaron qué caballos montabais y os han vigilado desde que llegasteis a los malecones. Para confiaros, destacaron al muchacho que os ofreció la barca.

—¿Es todo cuánto tienes que decir?

—No sé más.

—¿Qué orden teníais sobre nosotros?

—Apresaros si era posible y si no, lanzaros al agua. Como erais tres y fuertes, no podíamos soñar con apresaros. Mi compañero se comprometió a arrojar al agua al mejicano y si podía, apresar al otro. Yo debía apresarte a ti o matarte; decidí lo primero como más seguro.

—Si nos hubieseis apresado, ¿qué debíais hacer con nosotros?

—Amarraros bien, dejaros ocultos en el fondo de la lancha y volver a tierra. Allí se harían cargo de vosotros.

—¿Quién?

—No lo sé, ya se presentarían quienes tuviesen órdenes de

hacerlo.

Texas discutió con Born lo más conveniente a hacer. Podían volver al punto de partida a ver quién se presentaba al llegar la lancha, pero Born opinó que era imprudente. Podían ser muchos o no obtener resultado alguno.

Lo mejor era seguir adelante y desembarcar al otro lado aprovechando el tiempo. Cuando los que esperaban se diesen cuenta de que todo había fracasado y quisieran seguir la pista, habrían aprovechado el tiempo para intentar borrarla.

Texas comprendió que era lo más prudente y dijo:

—Bien, ¿qué hacemos con este par de traidores?

Nino bramó. Él no podía quedarse sin cobrarse el golpe recibido y reclamaba de su propiedad al rufián que le había vapuleado.

Born le apoyó diciendo:

—Capitán; no podemos mostrarnos compasivos con este atajo de miserables. Vea cómo se comportan ellos.

Texas, encogiéndose de hombros, exclamó:

—Ustedes ganan. Nino, para ti los dos; te los puedes cenar de una sentada.

El mejicano, sonriendo ferozmente, levantó a pulso al rufián bramando:

—¿Conque querías dejarme sin mi jefecito, no es así, maldito sea tu corazón? Pues ya te enseñaré yo cómo se hacen las cosas o así, ¡maldito sea Jalisco!

Le volteó en el aire como a un pelele y le lanzó al vacío. Un grito de terror vibró en el aire y el cuerpo del sectario se hundió como un plomo en el agua.

Luego, tomó el insensible cuerpo de su agresor, que siguió el mismo camino que el de su compañero y el agua se tragó a éste, borrando así las huellas de la tragedia.

Texas se puso al timón guiando la lancha, mientras Born trataba de sacar todo el provecho posible al motor para ganar la costa cuanto antes.

Una hora más tarde divisaban los malecones de la orilla contraria y Jim, tratando de pasar lo más desapercibido posible, viró hacia la derecha buscando un lugar poco frecuentado para arribar.

Despreció los malecones y se apartó de ellos hasta alcanzar la

orilla natural, donde por fin, encalló la lancha desembarcando.

—¿Qué hacemos con este trasto? —preguntó Nino—. Si lo dejamos abandonado, lo descubrirán y producirá sospechas.

—Llévatelo en un bolsillo —comentó irónico Texas.

—Eso no, manito, pero la podemos hundir.

—Prueba a hacerlo.

Nino, picado en su amor propio, dijo a Born:

—Ayúdeme un poco a levantarla de proa. ¡Maldita sea Guadalajara! Si no la hundo, me tiro al río con una piedra al cuello.

Con sus poderosos brazos, arrastró un poco la lancha, levantándola de proa ayudado por Born y así, la fue poniendo en sentido casi vertical, buscando la forma de que la popa se hundiese en el agua. Sudaba como un condenado a causa del esfuerzo, pero amenazaba con lograr su objeto.

Por fin, el peso hundió la parte trasera en el agua. Esta empezó a invadir el interior y Nino la empujó hacia abajo ayudando a hundirla más.

Cuando estaba sumergida a medias, de un empujón la lanzó hacia el río. La lancha cabeceó, acabó de hacer agua y poco a poco fue desapareciendo hasta hundirse completamente.

—Bueno, manito, ¿qué más quieres? —preguntó gozoso.

—Nada, Nino. Cuando haya que sumergir el Capitolio, te lo encargaremos a ti. Creo que de un voleo lo meterás en el cieno del Potomac.

La noche estaba bastante avanzada y no tardando mucho, empezaría a amanecer.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Born—. No podemos perder mucho tiempo. En cuanto observen que la lancha tarda en regresar más de lo calculado, comprenderán que fracasaron y se lanzarán bacía aquí intentando otro truco.

—Estoy un poco desorientado —afirmó Texas—. No sé hacia dónde dirigirme.

—Un poco a la derecha, hay un pueblo que se llama Pig… y a unas diez millas, Portsmonth.

Texas, después de pensarlo, dijo:

—Debemos entrar en ese poblado. Nos haría falta cambiar la indumentaria y si encontrásemos caballos, mejor.

—Pues vamos para allá. Hay una caminata y llegaremos allí

cuando sea de día.

Guiados por Born, que era quien conocía la región, se encaminaron por el sendero general hacia el poblado. Lo avanzado de la hora, hizo que no se cruzasen con nadie en el camino.

Born tuvo un comentario amargo:

—En mi vida me ha pasado lo que ahora. Siempre que he luchado, he sabido contra quién. Ahora, luchamos con fantasmas y nos vemos obligados a ponernos a la defensiva.

—Es cierto —afirmó Texas—. La situación no es muy halagüeña, pero tarde o temprano conseguiremos encontrar alguna pista y ese día… alguien va a pagar con creces todo lo que nos han hecho peligrar.

—¿Dónde cree usted encontrar la pista?

—¿Quién lo sabe? Pero tanto va el recipiente al arroyo, que se rompe. Un día se cansarán de ver cómo fracasan sus satélites y algún pez gordo se sentirá inclinado a dar la cara. Ese día habrá presa mayor y le obligaremos a cantar.

Siguieron caminando lentamente y la salida del sol les sorprendió a media milla del poblado. Este era pequeño y se hallaba situado en una llanura detrás de un conglomerado de árboles.

Esperaron entre los árboles a que acabase de hacerse más de día para llegar cuando hubiesen abierto el almacén. No pensaban estar en el poblado más que el tiempo justo para equiparse.

Cuando penetraron en la estrecha y polvorienta calle mayor del poblado, apenas si distinguieron habitante alguno. Varias mujeres barrían el polvo amontonado junto a las puertas, con unos toscos escobones de ramas, un tabernero soñoliento habría su establecimiento a un público que no tenía ganas de madrugar y un labriego cruzaba con un pollino cargado de verduras.

Siguiendo adelante, repasando las pancartas anunciadoras, dejaron tras sí la botica, el herrero y el barbero y por fin, descubrieron una ancha puerta sobre la que se leía:



Texas hizo señas a sus amigos para que se quedasen vigilando fuera y penetró. Un joven delgado y medio dormido, preguntó blandamente:

—¿Qué deseaba?

—Ropa, proyectiles del 45 para revólver «Colt», otros para Winchester, del 45, también; algunas conservas, tabaco, fósforos.

El joven, aturdido, empezó a abrir cajones y a poner prendas sobre el mostrador. Texas calculaba el volumen y la estatura de sus compañeros, e iba apartando ropa con gran sorpresa del dependiente, que no se explicaba el acopio del marchante.

—Asustado, preguntó:

—¿Cree usted que tendrá dinero para pagar todo esto y fuerzas para llevárselo?

—En cuanto a dinero, aquí hay un billete de cien dólares y si no llega, me quedan más. De fuerza, espero que un buen caballo pueda cargarlo.

—Oh, sí claro; un buen caballo sí puede.

—¿Venden caballos por aquí? El mío se le rompió una pata y tuve que despenarlo.

—Es una pena… pues sí, al final de la calle, hay un corral. Le pueden vender alguno si no son para tomar parte en unas carreras, precisamente. Están algo viejos los pobres, pero pueden cargar.

—Nos resignaremos con eso.

Cuando todo lo tuvo reunido, se asomó llamando:

—Born, Nino, pasen. Creo que no falta nada.

Examinaron la ropa y decidieron cambiarse allí mismo de indumentaria. El dependiente les contemplaba azorado, pues estaba sospechando ya de ellos.

Nino lo comprendió y tomó una decisión. Cuando la cuenta estuvo saldada, dijo:



—Ábrame esa lata grande de manteca, por favor.

Texas le miró con asombro, pero Mendoza le guiñó un ojo y Jim, adivinando alguna travesura suya, le dejó hacer…

El dependiente abrió una gran lata de manteca que dejó sobre el mostrador. Nino acercó la nariz y retrocedió haciendo un gesto.

—Esto es una porquería. Está rancia.

—¿Cómo rancia? No puede ser. Es reciente.

—Huélala, verá.

Tomó la lata por debajo del envase y se la ofreció al dependiente. Este inclinó la cabeza para oler y Nino, de un impulso hacia arriba, le introdujo la manteca en la boca y los ojos, dejándole imposibilitado para gritar y defenderse.

Era tan cómica la figura del pobre dependiente con el rostro cubierto por la grasienta masa y sus esfuerzos para deshacerse de ella, que Texas y Born no pudieron evitar la carcajada, mientras Nino, muy serio, saltaba el mostrador y arrastrando a la trastienda al infeliz dependiente, advertía:

—No te des tanta prisa, pelao, que vas a tener tiempo de relamerte de gusto durante muchas horas. Toma, aquí en el bolsillo te dejo el dinero de la compra y lo que vale la manteca. No somos salteadores de almacenes, pero creo que es conveniente que no presumas de haber vendido cosas tan útiles a unos forasteros.

Le ató concienzudamente y saltando de nuevo el mostrador, dijo:

—Si vienen detrás de nosotros, evitaremos que este buen mozo pueda informarles, al menos de momento.

—En cuanto entre alguno y le eche de menos se descubrirá todo, Nino. Has obrado como un perfecto imbécil…

—¿Tú crees, manito? Ahora te lo diré.

Tomó un papel de facturas y escribió algo en él. Luego, buscó las llaves en un cajón y los tres salieron a la calle.

No había nadie en aquel lado y Nino, después de cerrar la puerta y echar la llave, colocó sobre la tabla el papel escrito. Este decía:

CERRADO POR AUSENCIA
Reapertura el próximo lunes

Born tuvo un comentario:

—Este Nino es terrible. Va a cerrar todos los establecimientos del Este a este paso.

Se discutió el asunto de los caballos. Al parecer no eran buenos y adquirirlos sin garantía de poder confiar en ellos, era malgastar el

dinero. Nino exclamó:

—Si sólo hay diez millas al poblado, con un poco de ánimo podemos llegar en medio día. Allí será más fácil adquirir caballos buenos sin llamar tanto la atención.

—Pues adelante. Con tal de no ser alcanzados antes de llegar, podemos darnos por conformes.

Animosamente, emprendieron la marcha y para borrar mejor su pista, se internaron por terrenos fuera de la ruta ordinaria.

Ahora parecían granjeros del interior y su ropa era nueva y bastante ajustada a sus tipos.

Born, que no había querido prescindir de los rifles, los había envuelto en un trozo de manta atada con cuerdas y colgaban de su hombro en bandolera. Si adquirían caballos y se veían perseguidos por la llanura, aquellas armas les serían más útiles que los revólveres.

Sus rostros habían variado bastante a causa del sol, del polvo y de no haber tenido tiempo a rasurarse. Tenían la barba crecida de bastantes días y a causa de la tierra, parecían barbas canosas que les avejentaba bastante. Born lo comentó y Texas afirmó:

—No le pese. Esto hará que nos reconozcan con más dificultad los que sólo nos hayan visto una vez. Hay que acogerse a todo para burlar a estos sapos encapuchados, como dice Nino.

Y por fin, mediado el día, cuando vislumbraban el pueblo, se encontraron frente a una enorme plantación de tabaco, donde se detuvieron a causa de un incidente imprevisto.

Capítulo VI

El negrero

LA plantación se extendía hasta donde se perdía la vista. Las matas altas, de grandes y anchas hojas, dejaban lucir el color púrpura y amarillo de las flores que se destacaban sobre el verde obscuro de la planta.

Infinidad de peones negros trabajaban en el tabacal y próximo a la cerca de espino, se levantaba un blanco edificio largo y de un doble piso, que debía constituir la hacienda del propietario.

Rompiendo el espino, se abría una gran puerta de hierro en arco de doble hoja. La puerta se hallaba abierta sin duda para dar paso a algunas carretas que entraban y salían en la granja.

Cuando se acercaban al vano para cruzar frente a la puerta, por el sendero que discurría, desde el edificio al camino, vieron salir corriendo a un negro grande y fornido, que lanzaba aullidos de dolor, al tiempo que un individuo alto, grueso, fuerte, de unos cincuenta años, con el pelo corto y canoso, largas patillas que casi llegaban al lóbulo de sus orejas y rostro bronceado, corría tras él con un enorme látigo de siete colas, azotando fieramente las espaldas del negro, al mismo tiempo que le colmaba de improperios y de insultos soeces.

El hacendado, pues debía ser el propietario del tabacal, vestía un pantalón gris, ancho en los muslos y ajustado de rodilla para abajo, unas altas botas con polainas de cuero, una camisa de franela a cuadros, con el cuello desabrochado mostrando al sol su velludo pecho y un sombrero de anchas alas.

Tenía las manos finas y largas, signo de que no las empleaba en trabajos groseros y su aire era el de un hombre acostumbrado a mandar.

Corría con tanta velocidad como el negro y a los gritos de éste, el resto de los peones volvió un momento la cabeza para enterarse de lo que sucedía, pero al ver al patrón manejando el látigo con fiereza, se apresuraron a encorvar la espalda sobre las matas, como si temieran que el castigo pudiese repercutir en sus desnudas espaldas.

El hacendado logró alcanzar al negro en la puerta y el látigo vibró como un silbato acariciando trágicamente sus espaldas. El infeliz cayó al suelo revolcándose como un lagarto en una cazuela puesta al fuego, al tiempo que imploraba piedad y perdón.

Pero el patrón, ciego de ira, volvió a levantar el látigo para descargarlo cobardemente sobre el negro, más antes de que tuviera tiempo a repetir el castigo, una mano poderosa cayó sobre la suya deteniéndola en el aire.

—Eso es una cobardía y una vileza, señor —dijo Texas, rechinando los dientes—. Ningún bien nacido es capaz de maltratar a un infeliz que sabe que aunque tuviera ánimos para ello, no puede defenderse. ¿Olvida usted que se acabaron los esclavos?

El hacendado, rechinando los dientes con ira, dio un tirón del látigo, consiguiendo librarlo por sorpresa de las manos de Texas, e intentó cruzarle la cara con él, pero Jim, veloz como el rayo, se agachó y el látigo pasó silbando siniestramente por encima de él.

Mas, de repente, irguiéndose con fiera velocidad, atenazó la mano flageladora, arrebatándole el instrumento de tortura y ciego de ira al pensar que aquel ser repugnante podía haberle señalado humillantemente con el látigo, se revolvió con él en la mano, haciéndole crujir sobre las espaldas y las piernas del hacendado, el cual, saltando como un simio, rugía de dolor y de ira y gritaba estentóreamente, demandando auxilio de sus esclavos. Algunos, temerosos de ser castigados si no le auxiliaban, aunque debían estar

gozando enormemente con el espectáculo, echaron a correr armados de instrumentos de trabajo, pero Texas, sin cesar en el castigo, gritó:

—Born, barra a tiros al primero que se acerque aquí. Voy a enseñar a este gusarapo cómo se trata a los hombres que no son esclavos.

Los negros, ante los amenazadores revólveres de Born y Nino, se detuvieron indecisos. Nada podían hacer con sus pobres herramientas y se limitaron a presenciar cómo su soberbio amo recibía la paliza más descomunal que hombre alguno había recibido en la plantación.

Nino, muy divertido, saltaba de alegría, como si fuese él quien recibía los latigazos y rugía:

—¡Duro con él, manito! Sácale ya un buen pedazo de piel o así para hacerme una pistolera… ¡Maldito pringao del demonio! Sácale la lengua con la punta del látigo.

El hacendado, con la ropa destrozada, chorreando sangre por los harapos, ya apenas si tenía ánimos más que para gemir y por fin, quedó en tierra revolcándose como un sapo, con la cara pegada al suelo y los brazos extendidos sobre la tierra.

Texas, calmado su furor, bajó el látigo y se quedó contemplándole. Al hacerlo, se estremeció, pues algo había brillado al sol que hirió sus ojos con los destellos, raudamente se inclinó examinando la mano derecha del hacendado.

En ella lucía el aro de oro de una sortija y empotrada en el oro había una piedra de forma ovalada, tallada de una manera caprichosa, que le dejó suspenso, tratando de recordar dónde y cómo había visto aquella sortija.

De momento, dominado por la ira no lo recordó, pero en su imaginación quedó impresa la piedra.

Volvió despectivamente con el pie el cuerpo del machacado granjero y casi escupiendo las frases, gritó:

—¡Perro sarnoso! Deshonra usted el nombre de Norteamérica con esa conducta de negrero cruel y despiadado. ¿Quién le ha dado a usted atribuciones para maltratar así a un infeliz ser humano, que deja su sudor para que usted viva y triunfe, mientras él apenas come? ¿Es que aquí no ha llegado aún la única ley que existe en la nación? ¿Olvida que hubo una guerra en la que cientos de miles de

seres vertieron generosamente su sangre para evitar este baldón que nos humillaba a los ojos del mundo civilizado? Soy un viajero que va de paso, no sé quién diablos es usted ni me importa, pero le juro que haré llegar la noticia de su conducta cochina y cobarde, a oídos de quien tiene la suprema autoridad, para que le pida cuentas de esta cobardía.

Se apartó de él e indicando al negro que le miraba con sus grandes y aterciopelados ojos, exclamó:

—Hagan el favor de ayudar a este infeliz a levantarse y si puede caminar, que nos siga. Ya le procuraremos algún lugar donde quedarse. Si continuara aquí, este reptil sería capaz de tomar represalias con él y desollarle vivo.

Entre Born y Nino levantaron al infeliz negro, que presentaba las brillantes y negras espaldas mostrando unos terribles surcos violáceos y sangrientos y medio arrastrando le incorporaron obligándole a andar. Se habían adelantado unos pasos, cuando de un pabellón adosado a la hacienda, surgió un individuo de raza blanca, cetrino de color, fiero de aspecto, el cual, armado de un revólver corrió por la senda acercándose al caído.

Este, sin casi poder jadear, suplicó:

—¡Willy, te daré quinientos dólares si te deshaces de ellos!

El capataz, pues era él, al oír la proposición y ver así maltratado a su patrón, saltó a la senda con el revólver empuñado dispuesto a disparar sobre el grupo. Pero Nino, que le había visto surgir del pabellón se volvió rápidamente y disparó primero.

El revólver que empuñaba el capataz, saltó en el aire como arrancado por una mano invisible y su propietario rugiendo de dolor se llevó la mano izquierda al lugar donde momentos antes tenía la derecha y que ahora sólo era una masa informe destrozada por el proyectil.

El capataz se retiró bramando de ira y nadie se atrevió a meterse más con aquellos aventureros.

Estos se retiraron lentamente, ayudando al pobre negro que apenas si podía andar y que con lenguaje cortado daba las gracias a sus salvadores.

—¿Qué hacemos ahora, Texas? —preguntó Born.

—No lo sé. Entremos en el poblado. Veamos si hay algún lugar donde dejar a este infeliz.

Una vez en el poblado preguntaron y por los informes recibidos, había un pequeño hospital en el que pudo ser atendido el negro.

Ya libres de aquel engorro, se retiraron a un modesto hotel, donde se hospedaron hasta el momento de tomar un tren que les condujese a Washington.

Confiaban en que sus enemigos no llegarían esta vez a tiempo para tenderles alguna emboscada impidiéndoles proseguir su viaje con más tranquilidad.

Se hallaban comiendo en silencio, cuando Texas, sin poder evitarlo, pegó un puñetazo sobre la mesa, exclamando muy excitado:

—¡Maldito sea Jalisco! ¡Ya lo tengo!

Nino le miró con asombro al oírle imitarle en las maldiciones y preguntó curioso:

—¿Qué es lo que tienes, manito? ¿Acaso te has vuelto loco o así?

—No, Nino, lo que tengo ya es una gran pista. ¡Por vida del demonio, no haberme acordado antes!

—¿A qué se refiere? —preguntó alarmado Born.

—A la sortija.

—¿Qué sortija?

—La que lucía en la mano ese tipo que he castigado. ¿No se fijó usted?

—Pues, sí me parece que observé algo…

—Es una sortija con una piedra verde ovalada y ¿sabe usted dónde la había visto antes?

—No.

—Pues en la mano de uno de aquellos siete sapos enmascarados de la gruta.

Born, asombrado, insistió:

—¿Está usted seguro, Texas? ¿No se habrá engañado? Hay muchas sortijas que se parecen.

—Sí, pero esa tiene una talla especial que no se me despinta. La reconocería donde la viese.

—Siendo así, ¿cuál es su plan? La cosa es muy seria, pues después de la paliza que le ha administrado usted, lo lógico es que acaben de movilizar todas sus huestes para acabar con nosotros. Lo estamos haciendo de tal forma, que parece que nos queremos suicidar y no encontramos el modo.

—¿Qué más da? Con ese incidente y sin él, todos esos sapos seguirían buscándonos. La diferencia estriba en que en lugar de tomar el tren para Washington nos quedaremos aquí o cerca de aquí.

—En un hotel corremos un gran peligro.

—Ya lo sé y estoy estudiando el modo de… Escuchen, tengo un plan; díganme qué les parece: Ahora, vamos a salir en busca de caballos. Tenemos que adquirirlos porque pueden hacernos falta. Los buscaremos sin recatarnos y hasta dejaremos insinuar cuál es nuestra ruta. Una vez adquiridos, montamos en ellos y nos alejamos en la dirección indicada, pero cuando nos hayamos alejado del poblado, volvemos grupas y buscamos un refugio en los alrededores, pero en lugar contrario al de la ruta. Una vez seguros del escondite, pienso deslizarme una noche hasta la granja y ver cómo puedo penetrar en ella. Empero descubrir algo valioso.

—Eso es una temeridad.

—No lo crea, Born. Las cosas más absurdas son las que menos se supone que se puedan llevar a cabo y las que más desconciertan. Ese sapo, apenas se pueda valer de la lengua, hará llamar a alguien de su próxima categoría para ponerle en antecedentes de lo sucedido y recabar que nos cacen donde sea. Esto puede llevarnos a descubrir parte de los dirigentes y asestarles un golpe de muerte. Claro es, que no acabaremos con la secta, pero la desmoralizaremos y sembraremos el pánico en sus filas haciendo vacilar a muchos.

Como no había forma de convencerle de que su plan era demasiado arriesgado, Born se resignó. Nino por su parte, aprobaba siempre lo que Texas disponía y si se trataba de proporcionarle ocasión de manejar el revólver, mucho mejor.

Salieron a la calle y se orientaron preguntando dónde vendían buenos caballos, siendo informados de dos o tres traficantes en ganado, los cuales podían servirles bien.

Se encaminaron al más cercano, un gran corral instalado en las afueras del pueblo y allí encontraron más de cincuenta cabalgaduras, algunas de bonita lámina.

Texas charló por los codos contando fantásticos detalles de su viaje y asegurando que habían perdido los caballos luchando con una banda de salteadores en un camino extraviado y luego, insinuaron que pensaban seguir a caballo hasta Richmond.

Cuando cerraron el trato pagando bastante bien las monturas, se dispusieron a emprender el viaje. Asegurando que viajarían toda la noche hasta el amanecer, que descansarían en el primer pueblo que alumbrase el sol a su paso.

Fieles a su plan, cuando se vieron lejos del pueblo, torcieron la ruta y dando un gran rodeo, terminaron por alcanzar ya de noche la pequeña ciudad por su lado Oeste, aunque habían partido por el Este.

Aquella noche, tuvieron que conformarse con acampar en unas escarpaduras a dos millas de lugar habitado. Era un refugio bastante aceptable, aunque no lo suficiente para el peligro que corrían.

Ya de mañana, se dieron cuenta de que no habían pensado en sus estómagos y que carecían de toda provisión. Era preciso agenciarse vituallas y Born se ofreció a penetrar en el poblado para adquirirlas.

Texas se opuso. Hacerlo así, era tanto como volver a denunciar su presencia. Convenía más saber si era fácil trasladarse a algún pueblo cercano del lado contrario de su fingida ruta.

Born recordó. Yadkyn se hallaba a unas ocho millas hacia la divisoria. Era un paseo, pero podía hacerlo y estar de regreso a media tarde.

Texas asintió indicándole que mientras, buscaría un refugio más oculto y defendible, donde esconderse.

En tanto, Born cabalgaba hacia el poblado, Texas en compañía del mejicano, se dedicó a recorrer las cercanías sin salirse de la protección de las quebradas. Confiaba en hallar algo más práctico, pues presumía que tarde o temprano se verían rastreados como antílopes por la sanguinaria secta.

Por fin, media milla más al interior descubrió lo que buscaba. Descendiendo por una seca torrentera que parecía un estrecho cañón, descubrió entre la salvaje hiedra que formaba una tupida muralla, un enorme socavón oculto tras ella y obstruido por grandes bloques de piedra. Texas sonriendo satisfecho, exclamó:

—He aquí nuestra fortaleza, Nino. Tenemos que desbrozar el paso de pedruscos y apilarlos formando una especie de parapeto. Dejaremos un estrecho hueco para los caballos, y al lado, unos cuantos peñascales que en caso de peligro sirvan para cerrar el paso. Las paredes son bastante altas y aunque tratasen de ganarlas y

disparar desde ellas, las de la cueva harían ineficaces sus tiros.

—Bueno va, manito —gruñó Nino—. Esto quiere decir que con el estómago más flaco que una espiga sin agua, tengo que trabajar como un negro de una plantación. Cuando termine, creo yo que tendré que merendarme el caballo. ¡Maldito sea Jalisco!

—No seas Heliogábalo, Nino.

—¿Helio… qué? ¿Qué clase de animal es ese que no le he oído nombrar en mi vida?

—Dicen que fue un emperador romano que se metía en la boca un pernil de bisonte con hueso y todo y le quedaba espacio para silbar una marcha de gladiadores.

—Bueno va, manito —repuso Nino, incrédulo—. Silbaría con la nariz, creo yo. Tendré que probar a ver si se puede hacer, ¡maldito sea mi retrato!, que a mí, a realizar proezas de esa especie no me gana ningún pringao de la Historia.

Decidido, se dedicó a mover; los enorme bloques apilándolos detrás de la hiedra, hasta formar una muralla bastante alta y luego colocó media docena de enormes pedruscos en la entrada para cerrarla en caso preciso.

Cuando terminó, sudaba copiosamente y sentía un hambre que se le iba la cabeza.

Como la tarde avanzaba, Texas le dejó descansando y se fue al primitivo refugio a esperar a Born. Este, tardó aún en llegar una hora, pero cuando lo hizo, traía atravesado sobre la silla del caballo un buen saco repleto de vituallas.

—¿Nada de particular? —preguntó Texas.

—Nada. Quizá haya llamado la atención en el pueblo. Es pequeño y cualquier forastero hace notar su presencia, pero he salido por el Norte y no he vuelto grupas hasta que me perdieron de vista. ¿Y Nino?

—Comiéndose las piedras en nuestro nuevo refugio. Venga, espero que le agradará.

Born le acompañó y apenas Nino le vio llegar, se lanzó sobre el saco de las provisiones, gruñendo:

—Ahora verás tú, ¡maldita sea Jalisco!, si ese «Gábalo» de que hablabas antes era capaz de hacer lo que yo haga.

Y sacando una enorme torta de maíz, se metió en la boca un trozo capaz de ahogar a un elefante.

Cuando tenía los carrillos hinchados, Texas muy serio ordenó:

—Ahora silba, Nino, si no quieres perder.

El mejicano intentó cumplir el mandato, pero sólo consiguió rociar la cara de Texas con fragmentos de la torta que se le salían de la boca.

Texas y Born rieron las fatigas del mejicano, que estaba rojo y próximo a la asfixia y mientras lograba desembarazarse de toda aquella masa, ellos se dedicaron a abrir unas cuantas latas de conserva y a partir lonjas de tocino, que Nino miraba con envidia porque no le era posible emprenderla con ellas.

Terminaron de dar satisfacción al estómago cuando ya las sombras de la noche empezaban a caer sobre las quebradas y Born preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Texas?

Yo, montar a caballo y darme una vuelta por la hacienda de aquel sapo. No tengo motivo alguno para estar esperanzado, pero me dice el corazón que algo he de sacar de esta visita.

—Pues iremos —aseguró sencillamente Born.

—Creo que no conviene que fuésemos todos —aseguró Texas—. Si yo tuviese un fracaso, alguien debía quedar a mi espalda con libertad de movimientos para intentar algo directamente a mi favor, o caso desesperado, para exigir de las autoridades su intervención quisiesen o no quisiesen hacerlo de buen grado. Creo que debo llevarme a Nino nada más. Este zopenco es bueno para la acción directa, pero se ahogaría en un vaso de agua si tuviese que apelar a recursos que no fuesen el manejo del «Colt».

—Bueno; si usted lo ordena así, así se hará. Fíjeme un plazo de quietud y pasado éste, entraré en acción si usted no ha regresado.

—Ponga usted toda la noche. Si al rayar el sol no estoy de vuelta, es señal de que he sufrido algún tropiezo serio.

—Pues no se hable más.

Texas ordenó al mejicano que se preparase para partir y después de preparar sus armas, montaron a caballo y abandonando su refugio, rodearon la ciudad, para ya avanzada la noche, dar vista a la hacienda.

Texas ignoraba cómo podría penetrar en ella, pero estaba dispuesto a hacerlo a costa de correr un riesgo personal.

Capítulo VII

Seis granujas se reúnen

MIENTRAS Texas y sus compañeros corrían estas inquietantes aventuras, habían sucedido algunas cosas de las que ellos estaban ignorantes.

La noche de su fuga, el impresionante tiroteo que se produjo en el coto de los falsos turistas, atrajo la atención de la policía que se hallaba al otro lado de la llanura y varios agentes acudieron alarmados, pero su llegada fue tardía para descubrir lo que había sucedido. Los jefes, sospechando lo que podía suceder, se apresuraron a cerrar la cueva ocultando el número de víctimas, los sectarios se despojaron de sus capuchones ocultándolos y cuando los agentes acudieron, encontraron en movimiento a todo el campamento, pero sin descubrir nada sospechoso.

Uno de los jefes de la expedición, explicó el tiroteo. Varios elementos filtrados en la organización, se habían emborrachado disparando sobre sus compañeros y al ser perseguidos por éstos, habían huido en una embarcación sin poder ser apresados.

Los agentes se retiraron prometiendo dar parte para que fuesen buscados y apenas abandonaron el lugar, se dio orden de perseguir la motora aprovechando otra que tenían varada algo más lejos y en

la que habían llegado algunos jefes de Virginia.

Luego, se preocuparon de volver a la cueva a auxiliar a los caídos. Más de una docena habían pagado con la vida; había siete gravísimos y cinco menos graves, y entre éstos se encontraba Zenker, que había perdido el conocimiento.

El cruel ex secretario fue atendido rápidamente en el botiquín de urgencia oculto en la cueva, e igual se hizo con los que no ofrecían gravedad, pero los que se hallaban en estado desesperado constituían un estorbo y un riesgo para ser sacados de allí sin que las autoridades los descubriesen en el momento del embarque.

Uno de los jefes, el que lucía precisamente en la mano la sortija de piedra ovalada, mandó despejar la cueva, dando orden de que todos estuviesen preparados para partir al siguiente día y quedándose con dos de sus hombres de más confianza, ordenó:

—Esos hombres son un peligro para todos. Hay que evitar que nos pongan en peligro.

La indicación era suficiente. Los dos sectarios se dispusieron fríamente a rematarlos, y minutos después habían pasado a mejor vida.

Se procedió a enterrarlos en la misma cueva y también fue enterrado uno de los jefes que había caído. Los heridos menos graves fueron curados y recibieron orden de ocultar sus heridas hasta que se encontrasen a bordo del yate.

Zenker, bien atendido, quedó depositado en la pradera en espera de las noticias que trajese la gasolinera enviada en persecución de los fugitivos, pero apenas había salido el sol, regresó a la orilla, fracasada rotundamente.

El encargado de la persecución hizo un relato de su sucedido y explicó cómo la embarcación se había estrellado contra las rocas, pero abrigaba la sospecha de que, aprovechando la oscuridad de la noche, habían logrado salvarse a nado, ganando la escollera.

El sectario de la sortija, que había asumido la autoridad suprema, preguntó duramente:

—¿Qué han hecho ustedes?

—Hemos lanzado los cohetes dé aviso y nos han contestado desde la costa.

—Bien, hablaremos de este asunto más tarde. Trasladen a este hombre a la gasolinera. Usted se quedará en la costa para organizar

la persecución. Esta vez no ha estado usted a la altura de las circunstancias, pero en atención a sus buenos servicios de otras veces, le doy una oportunidad de rehabilitarse. Le desembarcaré al otro lado de la bahía para que organice la persecución. Movilice cuantos hombres necesite. Usted tiene una lista de gente que puede secundarle. Búsqueme a esos odiosos intrusos y preséntemelos muertos o vivos, pero preséntemelos, de lo contrario, creo que le será muy conveniente arrojarse al fondo de la bahía con una buena piedra atada al cuello.

El sectario palideció, pero, asintiendo, se dispuso a cumplir la orden. Sabía lo que significaba el consejo y rechinaba los dientes; rabioso, prometiéndose deshacer a tiros a aquellos osados que estaban poniendo su vida en peligro.

El jefe llamó a otro de los «Hijos del Diablo», ordenándole que al rayar el sol hiciese reembarcar a los asistentes al acto, trasladándoles al otro lado, para que se diseminasen antes de que, por cualquier incidente, se descubriese el verdadero significado de aquella reunión.

Muy de mañana empezó el embarque. Los heridos, aguantando sus dolores y sacando fuerzas de flaqueza, cruzaron el puente de tablas para alcanzar la cubierta y nadie se dio cuenta de lo sucedido.

La gasolinera había partido sin pasar por los muelles y, directamente, enfiló el otro lado de la costa, donde fue desembarcado el que debía preocuparse de la persecución de Texas y sus amigos.

Libre de él, la embarcación siguió costeando hasta llegar a Portsmouth, donde el jefe tenía sus posesiones.

Arribaron de noche, y con todo género de precauciones Zenker fue trasladado a la granja del jefe, que no era otra que la plantación de tabaco donde Texas había realizado aquella espectacular exhibición de manejo del látigo.

El dueño se llamaba Samuel Alíen, y era uno de los propietarios más prestigiosos y respetados, no sólo de la localidad, sino de muchas millas a la redonda.

Todos le suponían un hombre serio y trabajador, entregado a sus plantaciones, aunque se sabía que explotaba a los negros tan mal o peor que antes de la guerra, pero esto seguía siendo un mal

endémico que tardaría muchos años en ser extirpado de raíz.

El herido fue depositado en una habitación interior, donde sólo penetraban las personas de confianza de Samuel, y el resto de los jefes se retiró a sus haciendas, pues todos eran industriales en gran escala y autoridades. Antes de partir, Allen indicó:

—Estén preparados para acudir a la primera llamada. Espero noticias de la persecución de esos tipos y no creo que fracasen. Están encerrados en un círculo terrible, en el que casi todo el mundo está a nuestras órdenes. Yo les avisaré para cambiar impresiones.

Los jefes se retiraron un poco mohínos por los sucesos desarrollados. Adivinaban que las cosas se estaban poniendo muy feas para la secta y como todos tenían bastante que perder si se descubría su doble personalidad, temían que la audacia de aquellos hombres pudiese ponerles al descubierto.

Samuel Allen se apresuró a llamar a su médico, otro afiliado a la secta, y el galeno, tras reconocer la herida y proceder a curarla con cuidado, afirmó seguidamente:

—No es cosa grave. La bala ha desgarrado la carne, pero se desvió sin producir lesión importante. Confío en que, dada su naturaleza, dentro de diez o doce días pueda abandonar el lecho.

Con este diagnóstico optimista, se retiró, prometiendo volver al siguiente día y Allen, más tranquilo, puso al lado del herido un hombre de confianza que cuidase de él, en tanto que él se ocupaba de sus asuntos, un poco abandonados durante su ausencia.

No pareció muy satisfecho del rendimiento de sus antiguos esclavos, en aquel momento peones «libres», y extremó sus crueldades con ellos para obligarles a relajarse ante las plantaciones, sin humanidad ninguna para los infelices explotados.

Alguien —aquel infeliz negro que quiso tener un arranque de virilidad— se quejó del inhumano trato, poco en consonancia con las flamantes leyes dictadas por el Gobierno, y Samuel, para demostrarle que allí no había más leyes que las que él dictaba con el «gato de nueve colas» le apaleó bárbaramente, y cuando el negro quiso convencerse de su error, ya era demasiado tarde.

Texas le ayudó a salvar la vida, pues aquel energúmeno sin entrañas le hubiese matado a latigazos, pero tendría dolores para un buen número de días tumbado sobre la cama de un hospital.

Cuando Samuel cayó, tomando la misma medicina que él había pretendido administrar al negro, su capataz, un tipo tan duro y cruel como su patrón, a quien éste llevaba siempre en sus excursiones para que le guardase las espaldas, Captó los berridos de Allen y quiso intervenir, con la adversa fortuna que le costó perder varios dedos de la mano derecha.

Texas no pudo saber el maremágnum que había armado con su fiera intervención, pero fue algo apoteósico.

El capataz, berreando como una fiera, reclamaba el auxilio de un médico, como si éste pudiera hacer milagros para devolverle sus destrozadas falanges, y Allen, por su parte, agotado de lamentarse, había perdido el conocimiento.

Mientras un peón corría al poblado en busca del médico de Samuel, varios esclavos tomaron su cuerpo, trasladándole a su dormitorio, donde fue depositado, y el capataz, berreando como un ternero que ha perdido a la madre, corría de un lado a otro con la mano fuertemente liada con un pañuelo para contener la hemorragia, mientras amenazaba con acabar a tiros con todos los habitantes del planeta.

Por fin, acudió el doctor, quien atendió primero al capataz para evitar que se desangrase. Le tuvo que amputar los restos de tres dedos, practicándole una cura a lo vivo que hizo maldecir al interesado de todo cuanto existía en el mundo y algo más.

Después, examinó al granjero. Tenía la espalda convertida en una pura llaga y con emplastos y grasas trató de suavizar sus dolores, envolviéndole en una manta de guata para evitar los roces.

Allen recobró el conocimiento horas después y pasó la noche en un grito. Deliraba y en su delirio decía cosas incongruentes que estaban relacionadas con la secta y sus afiliados.

Por fin, se calmó un poco y recordó a su capataz, enterándose de que, menos afortunado que él, había quedado inútil de la mano derecha.

En su egoísmo, Allen no se sintió muy a gusto con la noticia. Un capataz inútil de semejante remo no podía manejar el látigo con eficacia y tenía que ir pensando en relevarle del cargo, para suplirle con alguien que poseyese la mano dura y cruel.

Zenker se enteró al siguiente día por la mañana del suceso. Extrañado de no ver aparecer por su habitación al granjero,

preguntó por él y le dieron la fatal noticia. Zenker, que había mejorado mucho, se sintió con ánimos de levantarse y acudir a visitar a su compañero de dolores. A final de cuentas, era superior en jerarquía y debía tenerle contento mientras le necesitase.

Allen agradeció el rasgo y entre hipos y lamentos le dio detalles del suceso.

Zenker, que le había escuchado atentamente, al oír los detalles y sobre todo la descripción de los tres aventureros, lanzó un rugido de ira, exclamando:

—¡Por vida de Judas! ¡Eran ellos, señor Allen!

—¿Quiénes ellos?

—Los tres tipos que escaparon de la cueva, ¿no los ha podido reconocer usted?

—¿Yo? ¿Cómo diablos iba a reconocerles, si no les he visto el rostro nunca? ¿Olvida usted que estaban encapuchados cuando usted desenmascaró a Texas?

—Es cierto, lo olvidaba. ¡Oh, sí, son ellos; sus señas coinciden! ¡Y pensar que los estarán buscando hacia el Norte! Ese Texas es demasiado listo para hombres que son vulgares «Hijos del Diablo».

—¿A quién íbamos a lanzar en su persecución? Usted estaba herido, que es quien mejor los conoce, yo lo estoy ahora. Alguien tenía que hacerlo.

—Es cierto, pero hay que hacer algo más. Tenemos que olvidarnos de esos hombres que bucean por allá arriba y organizar la caza. Si no le fatiga mucho, convendría que citásemos para esta noche a los jefes que nos han acompañado a esta reunión. Son hombres listos, influyentes y ellos pueden hacer mucho para localizarlos. Apuesto la cabeza a que no andan muy lejos de aquí.

—¡Oh! —bramó Allen—, por vengarme soy capaz de salir arrastrándome por tierra para buscarles. Si usted cree que ellos pueden hacer algo, envíeles un aviso. Esta noche, a las once, les esperamos aquí.

Zenker, venciendo sus propios dolores, se retiró y redactó en clave las citaciones para pasadas unas horas. Por muchos dolores que aquejasen al granjero y por mucho odio que éste sintiese hacia Texas, el suyo era mayor y lo que él tenía que vengar más hondo y con más profundas raíces.

Aquella noche, a las once, cinco jefes del estado de Virginia

acudían al llamamiento. Lo hacían esperanzados de recibir noticias agradables de la captura de los indeseables, pero sufrieron una impresión penosa e inquietante cuando se encontraron tumbado en el lecho a su jefe principal, y tumbado a latigazos precisamente por uno de los osados enemigos que con más saña buscaban. Pero este suceso les avisó que debían estar muy en guardia para acontecimientos futuros y que todos debían extremar su celo y sus energías, para cazarlos antes de que pudieran poner más tierra por medio, o dar un golpe espectacular, aunque ni Texas ni ninguno sabían que el granjero era uno de los jefes más poderosos del «Ku-Klux-Klan».

Rodeando el lecho del vapuleado, celebraron consejo y Zenker, cuyas energías se habían despertado ante la posibilidad, de poder terminar para siempre con su odiado enemigo, tomó la dirección del asunto y empezó a exponer planes y a dictar órdenes a sus compañeros para el mejor éxito de su empresa.

* * *

Poco más tarde de haber acudido a la reunión los jefes de la secta, Texas y Nino, después de dar un gran rodeo para evitar ser vistos, alcanzaban las inmediaciones de la granja.

A una distancia prudencial, Jim se apeó y el mejicano se hizo cargo de su caballo.

—Quédate aquí —ordenó Texas— y ten el caballo a punto por si necesitase hacer uso de él con premura. Voy a intentar echar un vistazo a ese nido de reptiles. Si no puedo averiguar algo y me fuera fácil apoderarme de ese sapo, me lo llevaría a nuestro refugio y te juro que iba a cantar tan alto que seguramente sería oído en el propio Capitolio.

—Y yo, ¿qué hago mientras, manito? Me voy a aburrir o así aquí sólito.

—Volveré a darte instrucciones. Ahora, solamente se trata de reconocer el terreno.

La noche sin luna, aunque oscura, poseía suficiente luminosidad para poder distinguir en la penumbra el vano más oscuro y compacto de la plantación y la silueta difuminada de la granja. En ésta, había dos huecos, iluminados por la luz de las lámparas, que, a

modo de faro, servían para que Texas caminase con seguridad.

El peonaje debía estar durmiendo reciamente en el largo barracón a él destinado, la fatigosa jornada de un día agotador, y no significaba peligro alguno, pues no se molestarían en estar en vela para vigilar.

En cuanto al capataz y al propietario, debían estar en cama más ocupados de sus dolores que de lo que sucedía fuera de la finca, y si tenía la suerte de que no hubiera algún perro vigilante, no sería empresa difícil entrar en la finca.

La cerca de espino era el obstáculo más serio que iba a encontrar, pero se había preparado contra ella. La manta que tomó de la silla sirvió para cubrir los pinchos y saltar a la plantación sin ningún deterioro.

En silencio, con la agilidad y el paso ingrávido de los indios, que le habían enseñado a moverse de manera inmaterial, avanzó por la tierra, ésta, como no era arenisca, no le denunció de modo indiscreto.

Al alcanzar la tapia de uno de los lados, respiró con desahogo. No debía existir perro alguno, pues ningún ladrido indiscreto saludó su aparición.

Dos vanos iluminados habían atraído su atención. Los vanos pertenecían a la planta baja y tenía que intentar echar un vistazo al interior antes de decidirse a obrar en ningún sentido.

Pegado a la tapia, se fue acercando al vano. Su estatura le permitía alcanzar con la vista el interior y de través, para no ser descubierto, se acercó a la jamba y miró. Se trataba de un dormitorio. El lecho, con la cabecera adosada a la pared del lado izquierdo, estaba ocupado por una persona. Desde donde se hallaba no podía alcanzar a distinguir quién era sin exponerse a descubrirse, pero al observar una mano reciamente vendada descansando sobre el cobertor, adivinó que se trataba del capataz a quien Nino había acariciado tan amablemente.

Aquella estancia no le interesaba. El capataz no constituía peligro y quien a él le interesaba era el granjero.

Se corrió hacia el otro lado, pasando inclinado bajo la ventana para que el reflejo no proyectase su silueta sobre la tierra, y se detuvo, junto al otro hueco. La ventana, a medio cerrar, permitía el paso de la voz y su oído de comanche captó un rumor de

conversación.

Allí debía haber más de una persona y tenía que obrar con prudencia para poder escuchar lo que se hablaba y, al tiempo, darse cuenta de las personas que ocupaban la estancia.

Suavemente, se fue acercando al borde de la ventana. Tenía que evitar ser descubierto, pero no podía dejar de descubrir quiénes eran los reunidos, pues en su cerebro estaban germinando muchas sospechas que tenía que comprobar.

Por fin, alcanzó a ver un trozo de la estancia. También se trataba de un dormitorio, quizá el de Allen, y observaba el perfil de dos personas de pie ante el lecho, pero no le era posible examinar sus rostros.

El rumor de la conversación llegaba a él como un mosconeo, pero no conseguía captar nada de lo que hablaban y furioso por este fracaso, decidió atisbar desde el otro extremo, para ver si tenía más suerte.

Se inclinó y pasó por debajo del vano, situándose al lado contrario.

Desde éste abarcaba casi la otra parte de la estancia y pudo descubrir otras dos figuras en pie, pero éstas situadas de tal forma que sus perfiles aparecían reciamente iluminados por la luz de la lámpara.

Texas las examinó atentamente, tratando de grabar para siempre en su retina los rasgos fisonómicos de cada una. Esto era muy importante, pues si se trataba de miembros destacados del «Ku-Klux-Klan» le servirían para seguir una pista y, por ellos, llegar a otros nuevos elementos e ir formando la cadena directora.

Uno, era un hombre de unos cincuenta años, de estatura media, duro de rasgos, con los ojos ahuevados y grises, la nariz judaica, el mentón saliente y un bigote que empezaba a canear, y el otro, delgado, cetrino, afilado de nariz, exangüe de labios y hundido de ojos. Tenía el lóbulo de la oreja derecha partido, quizá de un tiro recibido de refilón, y aparentaba unos cuarenta y cinco años.

Aquellos dos pajarracos tenían un perfil inconfundible que ya no se borraría jamás de la memoria de Texas, pero para completar el descubrimiento, necesitaba ver a los otros dos, cuando menos, en el caso de que hubiese alguien más en la estancia.

De nuevo volvió al otro lado de la ventana con la esperanza de

que los que se hallaban de espaldas hiciesen algún movimiento que les descubriese, y la suerte le favoreció, porque, momentos después, ambos cambiaban de postura, colocándose al reflejo de la luz.

Así, pudo descubrir que el más alto —un verdadero gigante— lucía una tupida barba recortada en punta, tenía los ojos muy pequeños y la nariz achatada, y que el otro era gordinflón, colorado, tostado de color y de rasgos estúpidos por lo inexpresivos.

No podía distinguir a nadie más en la estancia, y satisfecha esta curiosidad perentoria, se veía acuciado por el loco deseo de captar lo que estaban tratando.

Ya no le cabía duda alguna de que aquello era una reunión de jefes de la secta —quizá los mismos que habían estado reunidos en la cueva la trágica noche de su fuga— y era vital para él enterarse de lo que estaban tratando.

Decidido a averiguarlo, abandonó aquella ventana y retrocedió, tanteando las próximas. Si conseguía abrir alguna y filtrarse por el vano, penetraría en la granja y buscaría la forma de acercarse a la estancia para escuchar la conversación.

Osadamente tanteó todas las ventanas, hasta que, tres más a su izquierda, encontró una que cedió al suave empuje. Sin vacilar, se aferró a la jamba y a pulso se elevó hasta bascular medio cuerpo y poderse deslizar dentro.

La estancia no estaba habitada. Servía para almacenar hojas secas atadas en pequeños fardos, y al fondo vislumbró una puerta, que abrió con infinitas precauciones, para alcanzar un pasillo oscuro.

Pero a la derecha, una raya de luz a ras del piso denunciaba la estancia donde se estaba celebrando la reunión, y de puntillas, pegado a la pared para evitar que las tablas del piso crujiesen a su paso, denunciando su presencia, avanzó con toda clase de precauciones y con el revólver empuñado.

Si la suerte le favorecía, podía enterarse de muchas cosas que en su día podían serle de gran utilidad para dar un golpe de muerte a la secta. Si lo lograba, renunciaría a su plan de apoderarse de Allen y le dejaría tranquilo de momento, para seguir la pista al resto de sus secuaces.

Dominando sus nervios, avanzó paso a paso, como un fantasma y, por fin, se situó junto a la puerta, que, aunque cerrada, por la

delgadez de las tablas permitía captar el rumor de la conversación.

Anhelante escuchó, pero quien hablaba lo hacía con voz tan débil, que era imposible discernir lo que decía. Texas le maldijo interiormente y siguió afinando el oído.

Por fin, el mosconeo cesó y una voz más áspera y más agria afirmó:

—Señores, creo que estamos perdiendo el tiempo. Yo opino de otro modo y voy a exponer mi idea.

Texas se sintió estremecido de rabia. La voz que acababa de captar era la de su irreconciliable enemigo Zenker.

Capítulo VIII

Planes siniestros

EN medio del silencio más impresionante, Zenker siguió diciendo:

Yo no puedo adivinar cómo esos aventureros se han decidido a bajar hacia el Sur en lugar de dirigirse hacia el Norte, huyendo de nuestro poder. Lo lógico era que se hubiesen dirigido a Wáshington, a dar cuenta de su actuación y a pedir medidas urgentes contra nosotros, y el hecho de no haberlo realizado así, indica en ellos un objetivo que hay que averiguar o al menos destruir.

«Estoy por creer que han encontrado alguna pista y tratan de seguirla. A veces tengo miedo de que caiga entre sus manos alguien demasiado enterado de nuestros asuntos y le obliguen a hablar. Saben hacer hablar a los muertos y esto sería horrible.

»El incidente que le ha costado a nuestro amigo Allen encontrarse ahora aquí, en el lecho, impotente para actuar, indica que no le conocían. De haber sabido que era un elemento destacado en nuestra hermandad, le hubiesen deshecho a latigazos, pero pienso si sabrá de algún otro y andará buscándolo.

«Si es así, no debe estar muy lejos. Hace pocas horas que ha pasado por aquí y aunque su propósito sea seguir adelante, no

estará tan lejos con sus secuaces que sea difícil localizarle.

»Debemos actuar rápidamente, dando órdenes severas para que se trace un verdadero círculo en cien millas en derredor, del que no puedan salir. Esto no es tarea imposible para ustedes, que en este sector son los amos.

«Usted, señor Taylor, es el juez de la demarcación y tiene en su mano todos los resortes de la justicia. Usted, señor Ogden, es *sheriff* y tiene a su mando todos los comisarios de los poblados, pues aunque todos no pertenezcan a la secta, le obedecen por su autoridad. Usted, señor York, posee varios ranchos con peones más que suficientes y de confianza para perseguir, no a tres individuos, sino a ciento. Y usted, señor Spearman, también tiene hombres en sus granjas y plantaciones para engrosar el grupo de perseguidores.

»Debemos destacar a unos cuantos agentes listos que rastreen las huellas de esos miserables y después cursar órdenes a los comisarios para que estén al tanto y a todo forastero que cruce por su demarcación lo detengan. Que vigilen las posadas y los almacenes de todos los pueblos para evitar que entren a surtirse de alimentos.

«Mandaremos gente a la costa que requise todas las embarcaciones y pondremos espías en las estaciones del ferrocarril para vigilar y señalar su posible paso.

»Con esta red tendida, no podrán dar un solo paso sin sentirse aprisionados.

«Hay que cazarlos vivos o muertos. Si saben algo peligroso, para cerrarles la boca de un modo definitivo, y si no lo saben, porque son capaces de averiguarlo, y el día que no se muevan en la sombra, con todo nuestro poder, nos exponemos a algo terrible.

Spearman, el ganadero que tenía el rostro inexpresivo, comentó:

—Creo que está usted exagerando las cosas, amigo Lane. Es cierto que son valientes, pero fuera de eso…

—Yo he luchado con ese maldito Texas antes que ustedes y sé todo lo que vale —contestó, despectivo, Zenker—. Meter la cabeza debajo del ala como los avestruces, no es para nosotros.

—¡Oh, claro que no!

Allen, que no había abierto la boca y se limitaba a lanzar suspiros angustiosos y a quejarse entre dientes, habló con fiereza:

—Sí; hay que capturarles, y sí se les coge vivos, reclamo para mí solo a ese tipo que me tomó a traición y me flageló como Judas. Le

desharé vivo. Tengo que deshacerle, no sólo para vengarme, sino para evitar que cumpla sus amenazas. Dijo que daría cuenta al Gobierno de cómo seguimos tratando a los negros, y si el Gobierno realiza una investigación, vamos a pasar muchos apuros y a sufrir represalias y vejaciones. Esto tiene que quedar terminado rápidamente.

Ogden, el *sheriff*, habló:

—Bien, por mi parte, me pondré inmediatamente en campaña. Mañana por la mañana cursaré las órdenes terminantes a todos mis comisarios para que no dejen pasar ni el aire a través de sus jurisdicciones. Dificulto mucho que penetren en un poblado sin encontrarse unos cuantos «Colts» dispuestos a disparar sobre ellos rápidamente.

—Sí —dijo Zenker, humorístico—; primero que disparen y después que pregunten.

Texas adivinó que la reunión se iba a disolver y, por un momento, estuvo tentado de hacer acto de presencia sorprendiéndoles, pero temió que cualquier circunstancia imprevista le hiciese fracasar, malogrando una bonita caza y rechinando los dientes con rabia optó por mostrarse prudente por una vez en su vida.

Lentamente, se retiró hasta la estancia vecina y cuando apenas había logrado ampararse en la oscuridad, sintió como la puerta del dormitorio se abría y varias pisadas fuertes retumbaban por el pasillo.

Un grupo pasó rozando la puerta y se perdió a lo largo del pasillo. Como últimas palabras, Texas captó, el deseo de todos para que Allen sanase pronto y una pregunta hecha a Zenker por el juez:

—¿Y usted, señor Lane, cómo se encuentra de su herida?

—Muy bien. No debí levantarme aún, pero la necesidad me ha obligado. Confío en que pronto…

Ya no captó más. Los visitantes habían dado la vuelta al pasillo y se alejaban con dirección a la salida de la granja.

Texas, oculto en el vano negro de la ventana, estuvo oteando el vacío entre la finca y la cerca, hasta que, por fin, vio a los cuatro visitantes atravesar el paseo enarenado. En un cobertizo algo alejado habían dejado sus monturas, a las que saltaron, despidiéndose de Zenker, y éste se perdió en la oscuridad de la

entrada.

Cuando los visitantes alcanzaron el camino, Texas saltó al exterior y a todo correr se dirigió a la cerca, donde permanecía la manta. Salvó el espino y, sin dejar de correr, alcanzó a Nino que, aburrido e inquieto, se preguntaba qué diablos haría su jefe.

El no haber oído detonaciones le aseguró en que nada debía haber sucedido, pero ya se encontraba dudando si debía acercarse a la granja o no.

Texas saltó apresuradamente al caballo, ordenando:

—¡Vivo, sígueme!… Tenemos que dar un rodeo para situarnos cerca de la entrada del pueblo rápidamente.

—¿Qué te pasa, manito, que estás tan excitado?

—Muchas cosas, Nino. Entre otras, que me parece que esta noche vamos a realizar una caza magnífica.

—¿No me engañas, manito? ¿De verdad que habrá fuegos artificiales para cansarme la mano?

—No sé si los habrá, lo que sí puedo asegurarte, es que alguien va a amanecer estirando soga con el cuello.



—¡Qué lindo espectáculo, manito! Creo yo que me dejarás que

cuelgue a alguno o así.

—Prometido, Nino.

—¿Pececillos nada más?

—Ballenatos. La redada va a ser de peso.

—¡Maldita sea Jalisco! Esto sí que va bueno. ¿Entra en el racimo ese pringao de Zenker?

—También, Nino, pero ese me lo reservo yo.

—Bueno, bueno, no regañaremos por eso. Tienes más derecho que nadie…

A todo galope se habían alejado de la granja, dando una vuelta muy amplia, para después torcer a la izquierda, buscando la senda general del poblado.

Texas buscaba donde ponerse a cubierto. Quería dejar pasar al grupo y luego ponerse sobre su pista sin llamar la atención.

Cerca del sendero, descubrió unas malezas, y desmontando obligó al mejicano a imitarle.

—Haz que esos caballos se tumben, de lo contrario pueden descubrirlos.

Nino obedeció y ocultos tras la maleza esperaron.

Aun transcurrieron más de diez minutos antes de que lograran captar el ruido de los cascos de unos caballos que avanzaban. Nino, al oírlos, sacó el revólver, diciendo:

—Tú dirás, manito, cuando hay que fajarse a tiros o así con esos pringaos.

—Nada de tiros, Nino; podían oírlos y no es eso lo que yo quiero. Necesito cogerles mejor y obligarles a hablar. Tengo necesidad de que me digan muchas cosas muy interesantes.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. Cállate, que llegan.

Los cuatro jefes sectarios cruzaron a menos de diez yardas con dirección al poblado ya cercano.

Texas salió de las breñas y montando a caballo, ordenó:

—Sigamos por fuera de la senda. Tenemos que hacer algo importante.

Caminando paralelos al camino, alcanzaron la entrada del pueblo y Texas se quedó dudando. Si seguían tras ellos podrían inspirar sospechas. Tomando una resolución, ordenó a Nino:

—Apéate y sígueles a pie. Si acompañan a alguno hasta su casa y

se despiden de él, fíjate bien donde entra y luego sigue a los otros Yo me quedo con los caballos e intentaré ayudarte en esa tarea. Si se separan, sigue al mejor vestido.

—¿Dónde nos encontraremos?

—Al otro lado del pueblo, camino de nuestra guarida.

El mejicano abandonó el caballo y echó calle arriba, fingiéndose borracho. Era la mejor forma de no llamar la atención.

Cruzaron varias calles, hasta que, en una pequeña plaza, el grupo se detuvo ante una casa de agradable apariencia. Peter Taylor, el juez, desmontó del caballo y despidiéndose del grupo, exclamó:

—Hasta mañana, señores, y buena suerte.

Se perdió con el caballo por la puerta de la corraliza y el grupo torció hacia la izquierda.

Nino, pegado a las fachadas, dando traspiés al andar, siguió a los caballos, que iban al paso, hasta alcanzar las oficinas del *sheriff*.

Allí se deshizo el grupo. Ogden se apeó ante las oficinas, preguntando:

—¿Se vuelven ustedes a sus granjas, señores?

—Yo no —afirmó York—, me quedo en mi casa del poblado. Mañana tengo que adquirir unas cosas en el almacén y aprovecharé para adquirirlas.

—Pues yo sí me vuelvo —afirmó Spearman—, no tengo nada que hacer aquí y he de preparar todo para organizar mi gente.

—Pues que pasen ustedes buena noche.

Nino, oculto en el hueco de una puerta, oyó la breve conversación y se dijo que no podía seguir al granjero, pero, en cambio, sí podía seguir a York. De los cuatro, tres estaban ya localizados, él no podía hacer más.

Siguió a York hasta verle desaparecer en una calleja, a cuyo final tenía la casa, y cumplida su misión decidió marchar al lugar donde estaba citado con Texas. Ignoraba lo que éste podía haber hecho y debía esperar.

Texas, entre tanto, se había escurrido por diversos callejones con los caballos y buscaba la manera de poder localizar a alguno de los sectarios.

Se hallaba dando vueltas en torno a la plaza mayor, cuando sintió cerca el galope de un caballo que llevaba la dirección

contraria a él y se apartó a un lado para dejarle pasar. A la luz de la luna reconoció en él a uno de los reunidos en la granja de Allen y comprendiendo que aquél había escapado a la vigilancia de Nino, siguió al paso, pero cuando el granjero torció por una calleja, él a su vez volvió grupas y le siguió a distancia.

El granjero atravesó el poblado saliendo a la carretera y media milla más allá, se apeó junto a una granja que se erguía a pocas yardas del camino.

Texas se detuvo hasta verle desaparecer tras la cerca y cuando quedó convencido de que aquella era su morada, se retiró definitivamente en busca del refugio. Al llegar al lugar de la cita, encontró a Nino esperándole impaciente. El mejicano, muy alegre, dijo:

—Bueno, manilo, creo yo que lo he hecho bastante bien. Ya sé el nido de tres de esos cuatro sapos. Al otro no pude seguirle porque iba a caballo y vive fuera del pueblo.

—No te inquietes por eso. Al otro le he seguido yo la pista.

—¡Bravo, manito! ¿Y ahora qué?

—Ahora, vamos en busca de Born, se estará mordiendo las uñas de impaciencia y sentirá mucha rabia por no haber tomado parte en el ojeo.

—¡Bueno va, manito! Se estaba poniendo ya muchas coronas de laurel en la cabeza y tenía que dejar algo para nosotros.

—No seas envidioso, Nino; aquí todos trabajamos para lo mismo. La corona, si la hay, será para los tres, aunque lo más fácil es que nos la pongan de cáñamo al cuello.

—¡Quisiera verlo! Tú sabes que soy en Egábalo y que soy capaz de comerme en diez minutos a uno de esos sapos.

—¿Y silbar al tiempo?

—Eso no, ¡maldita sea Jalisco!… Tendré que aprenderlo, pero silbar es lo de menos. La cuestión es acabar con esas ranas con capucha.

Por fin, alcanzaron el refugio. La noche estaba bastante avanzada y Texas sentía inquietud por ello, pues sus planes exigían la obscuridad para llevarlos adelante. Antes de que amaneciera y sus enemigos tuviesen tiempo para ponerse en campaña, quería dar una sensación de fuerza y de audacia extraordinarias y, al tiempo, sembrar el más horrible pánico entre los miembros de la secta.

Born surgió como un espectro entre los jarales con el rifle empuñado, pero pronto reconoció a sus amigos y, muy alegre, exclamó:

—¡Gracias a Dios, Texas; estaba con el corazón en la garganta creyendo que le había sucedido algo grave!

—Por fortuna ha sido todo lo contrario, Born. He descubierto tales cosas, que parece un cuento de hadas, donde una varita mágica realiza los milagros. Tengo una tarea formidable para esta noche y me urge llevarla a término.

—Bien, pues la llevaremos a cabo —afirmó sencillamente Born.

Texas se quedó dudando y dijo:

—Creo que es preferible que la ejecutemos Nino, y yo… Reconozco sinceramente que tanto Mendoza como yo somos algo sanguinarios y nuestros escrúpulos no son muy exagerados y no quiero obligarle a que realice actos que podrían parecerle poco… correctos, podemos decir.

—Dígame de qué se trata y le contestaré.

—Voy a colgar esta noche a cuatro o cinco individuos.

—¿Nada más? —preguntó con ironía Born.

—Nada más.

—¿De quién se trata?

—De los jefes que presidieron la célebre reunión la noche de la cueva, en la costa.

—¿Está usted seguro de que son ellos?

—Sí. Lo he descubierto por pura casualidad. Escuche.

Y le dio cuenta de cuanto había oído y presenciado en la granja de Allen.

Born, decidido, dejó el rifle, diciendo:

—A esas ejecuciones me sumo también, Texas. Mis escrúpulos no son tan refinados como usted piensa.

—Me alegro que así sea, porque su ayuda me será muy útil. Haga el favor de esconder las provisiones y preparar su revólver y montar a caballo. No podemos perder un minuto.

Born obedeció y Texas preguntó a Nino:

—¿Tienes cuerda?

—Claro que sí, manito. Yo siempre guardo todas las que puedo. Llevo una faja de cáñamo a la cintura.

—Pues, andando. Guíanos a casa del tipo aquel de las barbas.

—¿Quién es? —preguntó Born.

—El juez. Le he elegido por traidor. No se puede gozar de la confianza del Gobierno ostentando un cargo público de esa responsabilidad y usar de él en contra de quien le otorgó su plena confianza.

—Tiene usted razón. Adelante.

Guiados por Nino, llegaron a la plaza donde el juez Taylor tenía su residencia. La casa, bastante elegante, situada en la plaza, poseía un jardín con altos árboles frutales que se elevaban por encima de la tapia.

Texas se detuvo. No transitaba nadie por la plaza y podían maniobrar a su antojo.

—¿Por dónde la asaltamos? —preguntó Nino.

—Por ningún sitio. Retírense junto a la tapia, que no les vean. Voy a llamar. Cuando la puerta sea abierta, acudan a ayudarme.

—Bueno.

Born y Nino obedecieron arrimando los caballos al tapial, y Texas aporreó reciamente la puerta.

Tuvo que repetir la llamada varias veces hasta que un criado soñoliento acudió rezongando:

—¿Quién diablos llama a estas horas?

—Un recado urgente para el señor Taylor.

—¿De quién?

—Dígale que del señor Allen, el granjero.

El criado, sin abrir la puerta, desapareció, pero, momentos después, regresaba y, franqueando la entrada, dijo:

—Pase, le espera.

En aquel momento, Born y Nino le aplicaron un revólver al pecho y, empujándole al jardín, Texas recomendó:

—Ni un grito o te clavarán cinco balas. Dame la dirección del sitio donde el juez espera.

El criado, temblando, balbució:

—Sigan… sigan por el pasillo… al fondo está… la escalera… en el piso… la primera puerta a la izquierda.

Texas ordenó:

—Amárrenlo bien, tápenle la boca y déjenle en un rincón del jardín. Luego, acudan al lugar indicado.

Mientras ambos cumplían la orden, Texas desenfundó el

revólver y avanzó por el pasillo, subió la escalera y se detuvo ante la puerta, llamando.

—Adelante —ordenó la voz de Taylor.

Texas empujó la puerta. Había escondido el revólver en la manga de su chaqueta y no daba la sensación de ir armado.

Taylor, que debía haber abandonado el lecho para recibir al mensajero, se adelantó cubierto por una especie de pijama de abrigo y exclamó:

—¿Qué sucede? ¿Qué le pasa a mi amigo Allen? ¿Acaso se ha agravado?

—No, no se preocupe por él. En este momento está descansando tranquilamente.

—Entonces, ¿qué recado urgente es ese…?

—Ahora se lo diré, señor Taylor, pero antes, creo que será muy importante que haga mi presentación. Soy el capitán Jim Texas.

El juez, al oír el nombre, saltó hacia atrás como picado por un reptil y trató de buscar en un cajón un arma con que defenderse, pero Texas, encañonándole, gritó fríamente:

—No se moleste, señor Taylor, porque no conseguirá nada. Los «Hijos del Diablo» no podrán auxiliarle esta vez. ¡He venido a ahorcarle simplemente!

Capítulo IX

Una redada feroz

EL juez quedó densamente pálido al oír la fatal sentencia. Miró en derredor como buscando quien le auxiliase en tan fatídico trance y, por, fin, murmuró:

—¡Usted… Usted! ¿Sabe con quién está hablando?

—Me parece que sí. Usted es el juez Peter Taylor, que ejerce sus funciones en esta localidad. Esto es lo que el mundo sabe y cree, pero lo que no sabe y tendrá que enterarse y creerlo, es que es usted uno de los grandes jefes del Ku-Klux-Klan, traicionando la confianza que el Gobierno ha tenido puesta en usted y amparando toda la serie de crímenes y latrocinios que se están cometiendo bajo su inspiración.

—Eso tendrá usted que probarlo ante un tribunal.

—No tendré que probarlo, porque el tribunal seré yo.

—Niego que eso sea cierto. Su influencia personal no puede abrogarse derechos de juez y verdugo.

—Usted lo negará porque no es lo suficientemente hombre para hacer frente a la verdad y saber perder. Usted sabe que yo asistí a la célebre reunión en la que ese sapo venenoso que se hace llamar Jackie Lane y cuyo verdadero nombre es otro, me descubrió

creyendo que era tan fácil deshacerse de mí. Ustedes han tratado de seguir mi pista y he sido yo quien seguí la suya. Es inútil que intenten negarlo. He asistido a su reunión en casa de ese negrero de Allen y he oído toda su conversación y los planes trazados para acorralarnos, pero no llegarán a ponerlos en práctica usted, el *sheriff* Odgen, Spearman, York, Allen y el falso Lane morirán colgados antes de rayar el día.

Taylor, que contemplaba a Texas con ojos de loco, estaba ponderando la firmeza de sus amenazas. Sabía lo suficiente de él para comprender que no amenazaba en vano y estaba seguro que no tardando mucho, intentaría cumplir la fatal sentencia.

Se encontraba desarmado frente a él, pero ante la seguridad de una muerte cierta, intentó jugárselo todo a una carta decisiva y dando un salto de felino, se arrojó sobre su enemigo, intentando arrebatarle el revólver.

Jim esquivó el golpe y con la mano contraria le aplicó un formidable puñetazo en el mentón arrojándole de espaldas. El juez cayó a tierra e intentó levantarse, pero en aquel momento, Nino, que acababa de hacer su aparición en compañía de Born, cayó sobre él y atenazándole con sus enormes manazas le suspendió en el vacío por el cuello, haciéndole patear en él como una rana.

—¿Le doblo por la mitad, manito? —preguntó.

—No. Basta con que le ates bien. Tengo algo que hablar con este tipo.

Entre Nino y Born le ataron fuertemente y Texas, acercándose a él, le miró fijamente para decir:

—Tengo dos procedimientos para deshacerme de usted en poco tiempo y le doy a elegir. Puedo abrasarle vivo prendiendo fuego a la casa, o colgarle proporcionándole una muerte más rápida y piadosa. Si prefiere esto último, ha de decirme quién es el jefe supremo de la secta y si prefiere lo primero, no hable, pero le concedo cinco minutos únicamente para decidirse.

El juez bramaba como un toro herido, y se negaba a hablar, pero cuando habían transcurrido tres minutos, Texas ordenó:

—Nino, saca todos los papeles que encuentres, amontona todo lo que pueda arder bien en derredor del cuerpo del señor Taylor y cuando yo te haga una seña, préndele fuego. No podemos perder un minuto más.

Transcurrieron los dos minutos fatales y Jim movió la cabeza. Nino prendió un fósforo.

Entonces el juez, enloquecido, rugió:

—No, no, hablaré. Si he de morir, poco me importa que sigan mi camino los demás. Que paguen en la misma moneda.

Indicando con la cabeza, añadió:

—El tablero de esa mesa se corre a un lado, es de dos tablas. Entre las dos, está la lista de mis compañeros.

Texas se apresuró a correr el tablero, descubriendo en un sobre una lista de nombres. Estaba encabezada por uno con la palabra «Presidente» al margen y Texas, al leer el nombre, abrió mucho los ojos, lanzó un silbido de asombro y murmuró:

—¡Por Judas! Cuando haga saber esto, no lo va a creer ni el propio Presidente del Gobierno.

Guardó la lista en el bolsillo, añadiendo:

—Nino, carga con el señor y bájalo al jardín. Allí hay árboles muy hermosos donde colgarle. Antes, tápale la boca para que no pueda gritar.

El mejicano le atascó la boca con un pañuelo y cargándoselo al hombro como una pluma, salió por delante descendiendo los tres al piso bajo.

Ya en el jardín, Texas eligió una rama recia de uno de los árboles frutales y afirmó:

—Aquí mismo. Nino, te lo prometí y es tuyo. Saca la cuerda y cuélgale lindamente.

Taylor, congestionado, con los ojos saltándosele de las órbitas, pugnaba por gritar y se revolvía como un reptil, pero el mejicano, sin hacerle caso, le pasó el nudo por el cuello, echó el cabo por encima de las ramas y con sus hercúleas fuerzas, suspendió de un brusco tirón el cuerpo del juez.

Dos minutos más tarde, pendía rígido a la pálida luz de la luna y Texas fríamente, ordenó:

—Esto se ha concluido. Ahora, a casa de York el granjero, que se ha quedado en el pueblo esta noche. Después, colgaremos al *sheriff* y, seguidamente a Spearman. Como postre, añadiremos a Allen y a su huésped. Andando.

Abandonaron la casa de Taylor y montando a caballo, se dirigieron a la que habitaba el granjero en un lugar algo apartado

de la plaza.

Al partir, no se preocuparon para nada del maniatado criado, al que habían dejado más muerto que vivo en un rincón del jardín.

Pero no darle importancia fue una terrible equivocación para ellos, pues apenas les vio partir después de enumerar la serie de trágicas visitas que pensaban hacer, se revolcó terriblemente por la tierra buscando la forma de evadirse de las ligaduras, hasta que la reja de un arado que encontró en un rincón, le sirvió para limar la cuerda de sus manos.

Cuando se vio libre de ellas, se desató los pies, arrancó la mordaza de su boca y, como loco, buscó un caballo en la cuadra y montando en él, se lanzó como un meteoro hacia la salida del pueblo, con dirección al rancho de Allen.

Su primera intención fue dirigirse a las oficinas del *sheriff* a ponerle en guardia, pero temiendo tropezar con el trágico trío y ser una víctima más de su sanguinaria ira prefirió dirigirse en busca del tabaquero. Era el último de la lista y con seguridad que podría llegar, a la granja antes que los vengadores.

Luego, que Allen, que disponía de gente a su servicio, que iniciase las gestiones que estimase pertinentes. Él hacía cuanto podía avisándole y si lograba salvar la vida de alguno de los sentenciados y hacer que cayesen en alguna trampa sus verdugos, habría cumplido su deber.

El aterrado sirviente aporreó la puerta de la granja con angustia, produciendo un ruido endemoniado y, poco después, un criado medio dormido, armado con un rifle, salía a recibirle.

—¿Quién diablos llama de esta manera a tales horas? —preguntó amenazador.

El criado, desmontando, balbució:

—Soy yo, el criado del juez, señor Taylor, traigo algo urgentísimo que comunicar al señor Allen.

—Duerme en este momento. Dígame qué es y cuando se despierte, se lo comunicaré.

—¡Imposible! Ha de ser ahora mismo, su vida corre un peligro terrible.

El criado, impresionado, se dirigió al dormitorio de Allen, comunicándole el deseo del sirviente del juez y Allen, adivinando algo trágico, ordenó:

—¡Que pase inmediatamente!

El criado penetró en el dormitorio, exclamando:

—Señor Allen, por todos los santos, haga algo. ¡Han ahorcado al señor Taylor!

Allen sintió que la garganta se le resecaba sin permitirle articular palabra y tuvo que realizar un esfuerzo angustioso para hacerse oír con ronca voz:

—¿Qué dices, muchacho?

—Sí; se han presentado tres individuos llamando hace cosa de una hora. Decían traer un recado de parte de usted. Yo les abrí y pasé aviso al señor Taylor, quien dio orden de que entrase el recadero, pero éste venía con dos más que estaban ocultos y un gigante mejicano me atenazó por el cuello y me maniató, dejándome abandonado en el jardín. Subieron al despacho del señor Taylor y poco después le bajaban al jardín maniatado y le colgaban de un árbol. Allí ha quedado bien muerto y yo pude tras muchos esfuerzos, librarme de las ligaduras y venir a avisarle, pues dijeron que desde allí iban a colgar al *sheriff*, luego, al señor York, después al señor Spearman y, como postre, a usted y a un huésped que tiene. Por temor a no llegar a tiempo a avisar a ninguno, decidí venir aquí, seguro de que llegaría a tiempo.

Allen bramaba de furor y de angustia al oírle. Todos sus compañeros de mandato estaban descubiertos y sentenciados a muerte. También él lo estaba, como igualmente Lane y posiblemente en aquellos momentos, estarían dando cima a sus trágicos planes y dispuestos a asaltar la granja.

Acobardado, rabioso, por considerarse impotente para montar a caballo y huir salvando su vida, empezó a gritar desaforadamente, llamando a Lane y éste, que se había quedado dormido, acudió alarmado a los gritos empuñando un revólver.

—¿Qué sucede? —preguntó, encañonando al criado por creer que éste había pretendido asaltarle.

Allen rugió:

—No sea imbécil, Lane, éste es el criado del juez Taylor. Que le cuente lo que me ha venido a decir.

El criado, balbuciente, volvió a relatar la espeluznante escena, relato que fue escuchado por Zenker con angustia, sintiendo que el cabello se le erizaba.

Por fin, lívido de miedo y de ira, rechinó los dientes y barboteó:
—¡Por todos los diablos del infierno! ¿Cómo ha podido ser que esos coyotes descubran la personalidad de cada uno de nosotros? ¡Oh, esto es inaudito!
Allen, que temía a cada momento ver asaltada la granja, clamó:
—No se lamente tanto y haga más, Lane. Aquí estamos en peligro de muerte.
Zenker se rehízo, y al observar el cobarde miedo de su compañero, rugió:
—Todavía no nos han puesto el dogal al cuello, señor Allen; no se lamente así y tenga más entereza. Veremos si son ellos los colgados o nosotros.
—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó el granjero esperanzado.
—Ahora lo verá. Aquí contamos con hombres leales que no pertenecen a la raza negra. Si sólo hace una hora que esos chacales ahorcaron al señor Taylor, no les ha dado tiempo a visitar a los otros tres y a repetir la suerte. Ahora mismo, me voy dirigir a la granja Spearman que es la más alejada y a cortarles el paso. Si llego antes que ellos con los hombres que me lleve de aquí y los que él tiene, les aniquilaremos y si han tenido tiempo de llegar allí, los detendré en el camino. No pueden escapársenos.
Allen, aterrado, gimió:
—¿Y me va a dejar usted aquí solo, expuesto…?
—A nada. Le digo que no les daré tiempo ni a llegar a la granja de Spearman.
—¡Oh, prefiero que me saque antes de aquí! Lléveme a algún sitio más seguro.
Lane, con desprecio, exclamó:
—¡No puede ser! Su vida corre menos peligro que la de nuestros compañeros. Mi deber es salvar a alguno. Si me ocupo de usted solo, llegaré tarde e incluso les daremos tiempo a que vengan aquí. No sea usted cobarde ni egoísta.
Allen se mordió los labios. No era precisamente un héroe y en el fondo, reconocía que si había llegado a jefe de la secta, no fue por su valor, sino por su dinero, su influencia y su prestigio comercial.
Tuvo que resignarse y Zenker, sin perder tiempo, bajó al pabellón de los criados blancos, algunos de los cuales pertenecían a la secta y haciéndoles levantar, dijo:

—Necesito unos cuantos hombres valientes que me sigan. Ayer, unos osados apalearon a vuestro patrón; hoy, esos mismos han asesinado al juez y pretenden cometer otros asesinatos. Necesitamos cazarles antes de que se escurran de nuestras manos.

Ocho peones se apresuraron a vestirse, a requerir sus armas y a montar a caballo siguiendo a Zenker.

Éste, seguro de alcanzar a Texas y a sus compañeros antes de que tuviesen tiempo de acercarse a la granja, no se molestó en dejar montada una guardia que la protegiese.

Zenker tuvo que realizar un gran esfuerzo para subir al caballo y mantenerse en la silla. Su herida marchaba muy bien y tenía fuertemente vendado el pecho, pero el vaivén de la cabalgadura le producía unos agudos pinchazos, como si le estuviesen clavando puntas de cuchillo.

No obstante, el peligro a correr y el ansia de cazar a su terrible enemigo, eran más violentas que sus dolores físicos y aguantando las molestias, caminaba en vanguardia de los peones, rechinando los dientes y jurando no dejar escapar esta vez a los osados verdugos.

Comprendía que la secta iba a llevar un golpe de muerte con la pérdida de tan prestigiosos elementos, pues además de desarticular su organización, muchos se iban a sentir poseídos de pánico desertando de sus filas o flaqueando en los momentos decisivos.

No muy seguro de llegar a tiempo en auxilio de los que habitaban en el casco del poblado, desdeñó cruzar por éste, y dando un rodeo, alcanzó la senda por el lado norte, para dirigirse a la granja de Spearman. Si conseguía salvar a éste, esperarían la llegada del trío para darle la batalla, y si no, encontraría en el camino a sus enemigos y les presentaría batalla.

A todo galope, llegaron a la cerca. Todo aparecía silencioso en la finca y Zenker respiró con alivio. Estaba seguro de ser el primero que llegaba.

Aporreó la puerta hasta despertar a un peón que dormía en un cobertizo próximo. El peón, soñoliento, acudió a la llamada.

—¿Qué desea?

—Ver inmediatamente a su patrón.

—Está durmiendo. Aún no ha amanecido.

—No importa. Dígale que traigo un recado urgente del señor

Allen.

El peón, al oír el nombre de Allen, no vaciló. Sabía que el granjero tenía una gran amistad con su compañero de industria y se dirigió directamente al cuarto de aquél a darle cuenta de la intempestiva visita.

Llamó varias veces sin resultado alguno, y alarmado, empujó la puerta, observando que estaba abierta. Más inquieto, penetró en la estancia y a la luz del alba que empezaba a apuntar en aquel momento, observó que el lecho, aunque acusando huellas de haber permanecido en él, estaba vacío. Confuso, volvió a la cerca, diciendo:

—Pues… el patrón no está en su dormitorio… No me lo explico. Vino bastante tarde y… no le he visto salir.

Zenker, alarmado, le apartó de un empujón y, dirigiéndose a la finca, subió al piso seguido del criado.

Comprobó que en efecto, no se hallaba allí, pero al observar las huellas del lecho, lanzó una maldición.

—¡Hay que buscarle! —gritó—. ¡Es preciso buscarle!

A las voces se alarmaron los demás criados, la alarma se corrió a los galpones donde dormían los peones y pronto la granja estaba en manifiesto sobresalto.

Todos como locos, buscaban por las habitaciones sin descubrir al granjero y cuando quedaron convencidos de que no se hallaba allí, se dedicaron a registrar todo el terreno de la plantación. Zenker, lívido, tenía miedo a que al fin fuese descubierto. El corazón le decía que el descubrimiento iba a ser trágico y en efecto lo fue.

Uno de los peones, al dar la vuelta a la finca, retrocedió como si le hubiese picado un crótalo y aulló:

—¡Aquí!… ¡Aquí!

Todos acudieron al grito, quedando petrificados. De la rama de un grueso árbol que crecía casi pegado a la pared, pendía trágicamente el cuerpo del granjero.

Zenker se adelantó palpándole. Aún estaba caliente, lo que indicaba que la ejecución se había llevado a término hacía muy poco tiempo.

Zenker quedó desconcertado. No se explicaba cómo no se había cruzado en el camino con los tres aventureros y una ola de pánico le invadió, al ponderar que por arte misterioso se hubiesen escapado

de su control y en aquellos momentos estuviesen asaltando la granja de Allen y colgando a éste.

—¡Todos los hombres útiles conmigo! Yo sé dónde podemos alcanzar a los criminales. Debéis vengar el asesinato de vuestro patrón y yo os voy a proporcionar la ocasión.

Los peones, al oírle, se apresuraron a correr en busca de sus armas y sus caballos, montando en ellos. Zenker se dispuso a partir, pero antes preguntó:

—¿Quién ha venido esta noche a preguntar por el señor Spearman?

—Nadie —contestó el peón que oficiaba de portero—. Desde que él vino no ha llamado nadie a la cerca.

Zenker no quiso saber más. Adivinó que la habían asaltado sin llamar la atención y poniéndose a la cabeza del peonaje, se lanzó a todo galope al sendero.

Capítulo X

En el crítico instante

LA tarea vengadora de Texas y sus amigos había sido rápida como una centella.

York, que aún no se había acostado, pues estaba repasando unos documentos muy importantes sobre exportación de tabaco, se vio sorprendido al sentir llamar a la puerta a tales horas y fue quien acudió en persona a abrir la puerta.

Al hacerlo, se vio amenazado con el cañón de un revólver aplicado al pecho, al tiempo que la zarpa brutal de Nino le atenazaba por el cuello.

Texas, que ya sabía cuánto necesitaba, no se molestó en interrogar al detenido. Tenía en su bolsillo una preciosa lista con un nombre encabezándola que era un poema y cuanto el ganadero podía declarar sería obvio.

Por lo tanto, se limitó a decir:

—Señor York, ha llegado la hora de que purgue usted sus delitos. El Ku-Klux-Klan ha sido descubierto y ustedes, sus jefes, condenados a muerte por traidores a la nación. Nino, vamos a colgarle.

York no poseía huerta en su casa. Nino le trabó, le amordazó y

cargando con él, cruzaron varias calles desiertas. En una plaza descubrieron árboles e inmediatamente le colgaron de uno sin perder minuto.

Cuando se convencieron de que quedaba rígido, se encaminaron a las oficinas del *sheriff*. Con éste había que tener más cuidado, pero no podían perder minuto, pues el sol no tardaría en lucir.

Texas llamó a la puerta y la voz de Ogden contestó:

—¿Quién llama?

—Un recado urgente del señor Taylor, *sheriff*.

Éste, alarmado, se apresuró a abrir. Aparecía sólo con los pantalones y la camiseta, pero apenas si tuvo tiempo en darse cuenta de quién llamaba, pues cuando asomó el rostro, el terrible puño de Nino le derribó de un soberbio puñetazo aplicado en plena mandíbula.

Le arrastraron al interior y Born descubrió a la espalda de las oficinas una corraliza con una alta puerta de salida a ella. Texas indicó:

—A este sapo se le puede colgar aquí mismo de la barra de la puerta. Busque usted cuerdas, Born.

Éste encontró un buen rollo del que se apropió cortando un trozo. Fabricaron el nudo, pasaron la cuerda por lo alto de la puerta y antes de que el inconsciente *sheriff* se hubiese podido dar cuenta de lo que sucedía, quedó colgado como un trágico pelele de la barra.

Cumplida la siniestra misión, Texas, que ardía en deseos de llegar a la granja de Allen para sorprender a Zenker dijo:

—Rápidos, a caballo, sólo nos queda ese sapo de Spearman. En un cuarto de hora tenemos tiempo de llegar a su finca.

A todo galope abandonaron el poblado enfilando la carretera y cuando dieron vista a la finca, Texas dio orden de detenerse.

Aquel lugar era más peligroso y debían proceder con cautela para no alarmar al peonaje y verse obligados a sostener una batalla que no les interesaba en tales momentos. Se adelantó registrando el terreno. La cerca no era de espino, sino de troncos de árbol y ramas entrelazadas y después de estudiar el edificio a través de ella, entendió que podía penetrarse impunemente.

Llamó a Nino y dejando a Born vigilando al cuidado de los caballos, saltó al interior acercándose al edificio.

Como época de verano, algunas ventanas permanecían abiertas para recibir el fresco de la noche y Texas se decidió a saltar por una seguido del mejicano.

Perdieron algún tiempo orientándose para no provocar la alarma, hasta que al fin, al empujar suavemente una puerta que no estaba cerrada por dentro, descubrieron que era el dormitorio de Spearman y a éste, entregado a un sueño profundo. Nino saltó sobre él, atenazándole por el cuello sin permitirle lanzar un solo quejido y tapándole la boca con un pañuelo, lo arrastró del lecho.

Bien atado, Texas lo sacó por la ventana por donde habían penetrado y, dando la vuelta a la finca, descubrieron un árbol a propósito para su macabra tarea.

En cinco minutos quedó despachado al otro mundo y los dos trágicos verdugos volvieron al camino donde Born les aguardaba impaciente.

—¿Hecho? —preguntó roncamente.

—Hecho —contestó Texas—; creo que si esta noche nos lo propusiésemos, ahorcaríamos a todo el pueblo sin que nadie se enterase de ello.

Iban a seguir senda adelante, cuando Texas advirtió:

—Ganaremos terreno atravesando el poblado. Al tiempo, nos servirá para enterarnos si algo ha sido descubierto.

Esta idea suya fue la que les evitó tropezar con Zenker, quien había caminado directamente por la senda.

El día clareaba rápidamente. Ya no llegarían con las sombras a la granja de Allen, pero esto no iba a impedir que Texas llevase a término el final de su obra.

Más, cuando se acercaban a la plantación, Born emitió un juramento. Los peones reunidos junto a la cerca, formaban grupos animados y esto hizo comprender a Texas que algo imprevisto había sucedido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Born—. Ya no podemos obrar impunemente.

—Es igual. Ahí está Zenker y aunque me cueste la vida, entraré a buscarle.

—Pues, adelante.

La puerta estaba abierta y Texas enfiló su caballo por el sendero con gran estupefacción del negro peonaje, que retrocedió a su vista.

Texas, Born y Nino, con los revólveres empuñados, avanzaron ordenando:

—Todo el mundo atrás. Al primero que haga el más leve movimiento, le freímos a tiros.

Los negros se replegaron y Texas, desmontando, dijo:

—Cuiden de esta gente. Voy a ver qué sucede ahí dentro.

En aquel momento, la silueta de Allen se boceto en la ventana armada de revólver. Había captado desde el vano la llegada de los tres aventureros y al considerarse perdido sin poder contar con los esclavos que le odiaban por su tiranía, estimó que sólo a él podía deber su salvación.

Pero el miedo y el nerviosismo le hicieron fracasar. El disparo, alto, ni siquiera rozó a Texas, y éste, al descubrir al granjero haciendo fuego sobre él, disparó a su vez.

Allen, alcanzado en plena frente, abrió los brazos, dejó caer el arma y se inclinó hacia adelante, perdiendo el equilibrio para caer de cabeza al exterior, donde quedó con la cara pegada a la tierra.

Un grito de espanto brotó de la garganta de los peones y Texas, veloz como un rayo, se dirigió al interior de la granja en busca de Zenker. Era el único superviviente de la «razzia» y el que más deseos tenía de eliminar.

Como loco recorría todas las habitaciones de la granja insultándole terriblemente y llamándole a dar la cara como los hombres, sin conseguir que respondiese y cuando se hallaba más febril en la rebusca, la voz potente de Nino le advirtió que algo grave sucedía:

—¡Cuidado, manito, sal pronto! Texas se asomó a una ventana con el revólver empuñado, al tiempo que sus compañeros abandonaban la senda para salir a la carretera y no muy lejos, levantando nubes de polvo, un grupo de jinetes que excedería de treinta, avanzaba a todo galope hacia la hacienda.

Texas saltó por la ventana a la plantación, corrió al caballo y montando en él, se unió a sus compañeros.

No tuvo tiempo a preguntar. Varios disparos vibraron y los proyectiles silbaron cerca de ellos.

Texas comprendió que todo había sido descubierto y al no encontrar dentro de la granja a Zenker, adivinó que la suerte le estaba protegiendo de nuevo.

Rabioso, trató de hacer Cara al grupo, pero pronto comprendió que era una temeridad. Eran muchos y acudían bien armados.

Furioso, ordenó:

—¡Al galope! Hagámosles trotar. Quisiera saber si entre ellos se encuentra ese monstruo de Zenker. Necesito acabar con él; es el único que nos queda.

Poseedores de buenos caballos, emprendieron la huida acosados por el grupo, que al verles partir se diseminó para tratar de acorralarles y cerrarles el paso.

Pero eran demasiado buenos jinetes para no conocer los trucos de una huida y girando de un lado a otro, impedían que formasen el terrible círculo que les cortase la retirada por los lados, empujándoles hacia adelante hasta agotar sus monturas.

Las balas empezaban a silbar siniestramente en torno a ellos, pero la movilidad de los caballos impedía que pudiesen fijar el blanco.

Ellos, por su parte, volvían el brazo y disparaban contra la masa de jinetes. Éste, más compacto, se prestaba a aprovechar algún proyectil y así, dos caballistas rodaron a tierra alcanzados más por casualidad que por puntería, aumentando la rabia de los peones.

Algunos poseían excelentes monturas que no sólo sostenían la distancia que les separaba de sus perseguidos, sino que en ocasiones aumentaban la ventaja y Texas, atento a ellos, disparaba su revólver eligiéndoles como blanco para cortarles tan peligrosa carrera.

Huían por el llano, sin rumbo fijo. El sol ya lucía espléndidamente y era difícil engañarles sobre la dirección a escoger.

La situación era peligrosa. Si sus caballos flaqueaban, se verían frente a más de dos docenas de enemigos duros, dispuestos a no permitir que se les escabullesen de las manos.

De modo sensible, iban dejando atrás la ciudad, adentrándose por terreno descubierto. Cuando menos, que no se pudiese sumar nadie más a los perseguidores.

Fué una carrera terrible. Texas y sus amigos mantenían la distancia sin cesar de disparar. Por tres veces habían acertado a tumbar a algún enemigo, pero aquello era poca cosa ante el número y estaban viendo que los caballos empezaban a fatigarse y muy pronto aminorarían la marcha.

También algunas monturas de sus perseguidores habían quedado rezagadas, pero más de una docena se mantenían frescas y tenaces.

El terreno liso no se prestaba a encontrar un lugar desde el que pudieran parapetarse. Había que luchar a pecho descubierto y la situación no era muy boyante.

Ahora trotaban próximos a la línea férrea. Los raíles se dilataban rectamente hacia el norte, siguiendo el itinerario hacia algún pueblo cercano.

Texas, temiendo caer en lugar habitado, se dispuso a cruzar y apartarse de la ruta del ferrocarril, en el momento en que un agudo silbido le anunció que un tren se acercaba.

Volvió la cabeza y distinguió a lo lejos el penacho de humo y la silueta del convoy y una idea audaz cruzó por su mente.

Se acercó a Born, diciendo:

—Manténgase al otro lado de la línea y cuando pase el tren, vea si le es fácil asirse a un pasamano y subir a él abandonando el caballo. Nosotros lo intentaremos por este lado. Es la única forma de burlar a esa jauría humana.

Born asintió y cruzó al otro lado, manteniéndose pegado a la vía. Texas llamó a Nino:

—Adelántate y procura saltar al tren, si no quieres acabar aquí tus días. Hazlo por la cabeza, para que yo pueda hacerlo por la cola.

Nino rechinó los dientes. La cosa para él, siendo tan pesado, era peligrosa, pero los peligros le crecían.

El tren avanzaba raudo, e iba dejando atrás a los caballistas. Algunos viajeros, atraídos por las detonaciones, se asomaban aterrados a las ventanillas.

Nino, pidiendo a su montura un último esfuerzo, se distanció de Texas y cuando pasó junto a él la máquina jadeando, sacó los pies de los estribos, se ladeó, extendió los brazos y cuando le rozó un pasamano, se aferró a él. Como arrancado por un vendaval, voló de la silla y chocó contra el coche, pero se mantuvo aferrado al asidero y Texas, al verle, ya no se preocupó de él.

Ignoraba si Born había tenido la misma suerte. No se podía detener a comprobarlo o el convoy le dejaría rezagado. Lo sentiría, pues le había tomado gran cariño, pero era un momento en que cada cual debía velar por sú salvación.

Los vagones pasaban raudos. Por dos veces había intentado

aferrar un pasamano sin lograrlo, debido a la velocidad y sentía aullidos de terror de los viajeros al observar sus esfuerzos, al tiempo que los proyectiles silbaban cerca de él chocando siniestramente contra las paredes metálicas del tren.

Por fin, cuando el último coche pasaba a su lado, hizo un supremo esfuerzo y logró asirse al saliente hierro.

El caballo, atraído antes de que el jinete pudiese librarse de él, chocó sordamente contra el convoy, saliendo despedido como un meteoro. Texas sintió que el caballo desaparecía de entre sus piernas, pero, al mismo tiempo, sintió un dolor agudo en una de ellas, pues el caballo, al chocar, le había aprisionado con él.

Pero, por un milagro de voluntad, guardó el equilibrio y se mantuvo en vilo, hasta que logró encontrar un saliente donde afianzar el pie.

Con ansia volvió la vista atrás, temeroso de ver galopar solo por la llanura a Born, pero cuando el tren siguió su marcha rauda y no le descubrió, respiró con alivio.

El bravo auxiliar también había tenido la suerte de tomar el tren de aquella manera tan poco usual.

Una salva de aplausos de los viajeros acogió su hazaña, seguida de un tiroteo impresionante. Los jinetes, burlados, disparaban con saña, realizando un brutal esfuerzo para seguir al tren, pero, poco a poco, se fueron quedando rezagados, hasta que terminaron por desistir de la persecución.

Texas, de pie en el borde del coche, seguía con ojos metálicos al grupo rezagado. Ahora, había descubierto en él a Zenker, pero la suerte, burlona una vez más, se lo arrebataba de las manos.





Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».